

LA PROTESTA

PORTE
PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

Buenos Aires, Diciembre 5 de 1927

SUMARIO

"Las dos corrientes", M. ISDIN -- "El problema anárquico de la acción inmediata", L. FABBRI
"Cartas inéditas de Pedro Kropotkin a James Guillaume, sobre las tierras comunales
(revolución francesa), escritas en junio y julio de 1911", MAX NETTLAU -- "La
Canción de los panaderos", PEDRO GODOY -- "Sobre el proyecto de organi-
zación de la Unión General Anarquista", ERICO MALATESTA -- "La
crisis económica actual y sus causas", RODOLFO ROCKER -- "El
simplismo individualista y la concepción organicista del
mundo", PAUL GILLE -- "El Grillete y el Galeote"
GIGI DAMIANI -- BIBLIOGRAFIA



EL EJEMPLAR
20 CTS.



AÑO VI
Núm. 274

PRECIO
5 centavos

LA PROTESTA

PORTE
PAGO

DIARIO DE LA MAÑANA

SUPLEMENTO QUINCENAL

REDACCION, ADM. Y TALLERES: PERU 1537 — BUENOS AIRES. — SUS-
CRIPCION: \$ 1.20 EL TRIMESTRE. — NUMERO SUELTO: 20 CENTAVOS
CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A M. TORRENTE

HISTORIA

REVOLUCIONARIA,

SOCIOLOGIA,

PROBLEMAS

TEORICOS Y



TACTICOS DEL

ANARQUISMO,

CRITICA SOCIAL,

BIBLIOGRAFIA,

ESTADISTICAS

UNA OBRA DE INFORMACION Y DE CULTURA REVOLUCIONARIA

“La Protesta,”

Diario de la mañana

Fundado en 1897

LA PROTESTA EDITORIAL

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

“La Protesta”

Fundada en 1922

La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos. Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero. Colaboradores en los diversos países.

El número suelto: 0.10 ctvos.
Suscripción mensual: \$ 2.50.
Suscripción trimestral incluido el SUPLEMENTO: \$ 7.50.

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico. Si no conoce esta revista, pida un número de prueba, que se le enviará gratis.

El número suelto: 0.20 ctvos.
Suscripción trimestral: 1.50; anual, \$ 5.—

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

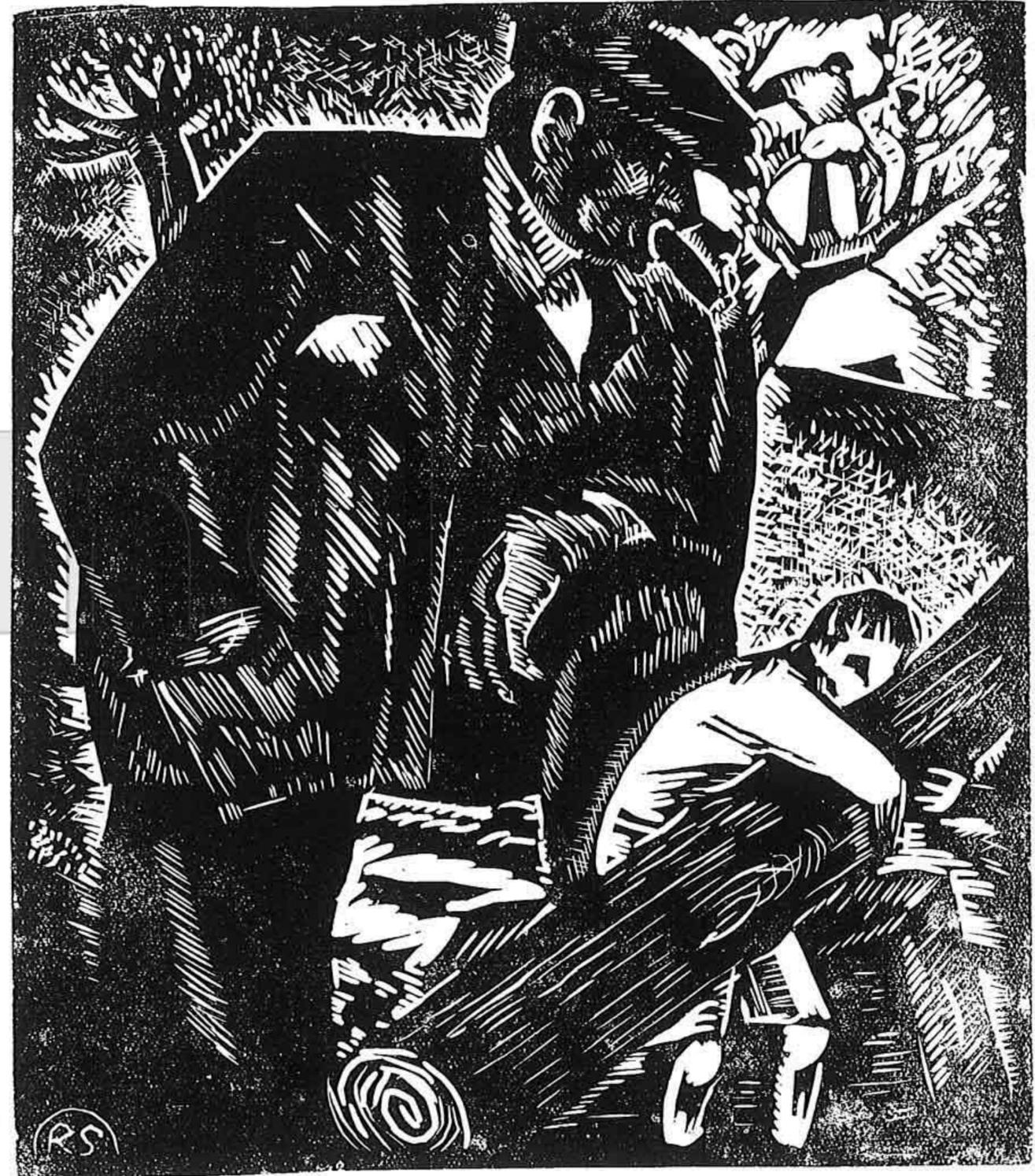
Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

Correspondencia administrativa a nombre de Mariano Torrente:
calle Perú 1537 — Buenos Aires (Argentina)

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO QUINCENAL

Buenos Aires, 5 de Diciembre de 1927



Grabado de Ret Sellawaj

EL BURGUES — ¡AFÚRATE HARAGAN! (Y SIGUIÓ CHUPANDO EL HABANO)

M. ISDIN

LAS DOS CORRIENTES

Ciertas polémicas recientes — en el ambiente de los camaradas rusos y franceses — han planteado la cuestión de las diversas corrientes en el seno del movimiento anarquista, de la posibilidad de una unión entre ellas y de la elaboración de un programa de acción común. La necesidad, la utilidad de un tal programa ha sido muy discutida; algunos han visto en él hasta una idea inconciliable con el punto de vista anarquista, mientras que otros lo presentaban como la única garantía de progreso del movimiento. Las divergencias, pues, se han mostrado bastante profundas.

En su comienzo, el movimiento anarquista era uno: en los tiempos de la Internacional y de Bakunin, apenas existían tendencias diferentes en el anarquismo. Se podía decir entonces que los anarquistas eran un "partido", sin que hubiese entre ellos un lazo muy formal. Lo mismo ocurría en el curso de los primeros años de la existencia de un movimiento anarquista internacional, cuando Kropotkin y los que se agrupaban a su alrededor elaboraban las bases teóricas y prácticas del anarquismo moderno. Pero a medida que las ideas se desarrollaban y que las cuestiones nuevas surgían; a medida, sobre todo, que el movimiento englobaba un número de adherentes cada vez mayor, la divergencia de las opiniones se volvía más palpable. Los unos ponían por delante en primer lugar ciertos aspectos de la idea anarquista, otros, aspectos diferentes; se llegaba al anarquismo por caminos diversos, en relación con las condiciones, el país, el pasado, las particularidades individuales. Era una evolución necesaria, pero no un mal necesario, porque no se puede ver en eso un mal: debe ser así en el desarrollo de todo pensamiento viviente, de todo movimiento viviente. Sin eso, se detiene, se convierte en secta religiosa, en catecismo muerto. La idea socialista ha sufrido la misma evolución: ¿se puede hablar ahora de un socialismo único cuando existen detenas de tendencias socialistas? Y no es de ningún modo un signo de debilidad y de regresión: es, al contrario, un signo de expansión mayor. Unificar todas esas tendencias en una sola sería una utopía irrealizable e inútil.

Lo mismo pasa en el anarquismo. Tenemos comunistas e individualistas, sindicalistas y anti-sindicalistas (o más bien, espíritus que no atribuyen a las organizaciones sindicales importancia revolucionaria); tenemos los que encaran un período transitorio estrecho estatista, incluso rectorial, y los que son al respecto absolutamente intransigentes, etc., etc. Existen además simplemente modos individualmente diferentes de concebir la idea anarquista: el uno es atraído por la gran idea humanitaria, el otro por el ideal de igualdad económica y la lucha, sin compromisos, contra el yugo del capital; otros aun aprecian sobre todo la libertad y el desarrollo integral del individuo, y así sucesivamente. ¿Deberían desaparecer esas diversas tendencias? No, porque eso supondría un restringimiento singular del

espíritu anarquista y del círculo de sus adeptos.

Esas diversas concepciones pueden referirse a dos puntos principales, a dos mentalidades, a dos modos de encarar el camino a seguir para llegar al ideal común. Para unos el anarquismo es ante todo un movimiento social, que lucha por la realización práctica de un ideal determinado, caracterizado por ciertos rasgos políticos y económicos definidos; para otros el anarquismo es ante todo la gran idea de libertad que abre su camino en los espíritus bajo las formas más diversas, algunas veces muy alejadas de la lucha social (filosofía, arte, etc.). Considerado así el anarquismo como un ideal de florecimiento de la individualidad humana no puede perseguir ningún objetivo de realización, porque es eterno, y organización social podrá ninguna satisfacerles completamente. Esas dos corrientes no son contradictorias; corresponde simplemente a dos modos de examinar lo que nos rodea, a dos categorías de aspiraciones, a dos mentalidades. Pueden coexistir sin choques y sin lucha. Pero es útil recordar que el anarquismo moderno, estudiado como una concepción de conjunto, debe su existencia a los que lo han concebido como un ideal social y como una *lucha práctica* por ese ideal. Bakunin y Kropotkin han llegado al anarquismo porque vieron en él una síntesis de la libertad y de la igualdad, en las aspiraciones de las masas populares hacia su emancipación; el movimiento anarquista se les ha aparecido como el aspecto más nuevo y el más perfecto de la lucha por la realización de las ideas emancipadoras. Sin contentarse con la propaganda filosófica abstracta, Bakunin y Kropotkin —este último sobre todo— han puesto siempre en el primer plano la elaboración de las formas concretas posibles que podría revestir una formación sin Estado. Bakunin, el primero, ha echado las bases de lo que debía convertirse más tarde en el sindicalismo revolucionario, con su modo de encarar el rol de las organizaciones obreras profesionales en la revolución social. En cuanto a Kropotkin ¿quién más que él se ha preocupado de las cuestiones del trabajo constructivo futuro? Desde su informe sobre la *Idea anarquista desde el punto de vista de su realización práctica* al congreso jurasiano de 1879 y hasta sus últimas cartas escritas en Rusia, después de la revolución, la preocupación de las instituciones libres que pudieran ayudar a la realización de una sociedad socialista sin Estado no le abandonó en el curso de su larga vida de propagandista. Ciertamente, esos primeros fundadores del anarquismo moderno han prestado grandes servicios al pensamiento humano en general, pero no han combatido solamente por ese progreso, sino porque las ideas teóricas de emancipación descienden sobre la tierra y se encarnan en formas sociales que hagan más feliz la *vida humana*. Todo el movimiento anarquista de los últimos cincuenta años ha sido también una lucha por una transformación social real, y si tantos

mártires han dado su vida por la idea anarquista, es precisamente porque representaba para ellos la *realización* del ideal más elevado.

La concepción del anarquismo como idea abstracta de libertad, sin ningún lazo con una forma social definida, nació más tarde, cuando el anarquismo ha desbordado de los ambientes obreros revolucionarios para llegar a los de los intelectuales avanzados que ponen sus esperanzas, no en una revolución, que desmonte de golpe el terreno para la creación de una vida nueva, sino en un perfeccionamiento gradual de los individuos y de los grupos. De ahí, aún, dos puntos de vista diferentes; los unos dicen: una sociedad nueva no puede ser la obra más que de hombres suficientemente educados para eso. Así los primeros son revolucionarios y comunistas (en nuestro sentido, claro está, y no en el sentido de los bolchevistas), los segundos — educadores que, a menudo, no prejuzgan las formas sociales a realizar, dejando al porvenir esa preocupación.

Hay, por otra parte, en eso una cuestión de época. El punto de vista que se puede designar como "educador" prevalece en general, después de una revolución fracasada, como resultado de las esperanzas decepcionadas. El objetivo parecía tan próximo, y he ahí que todo se derrumba. Instintivamente se trata entonces de refugiarse en algo que fuese seguro, sobre lo cual se podría contar siempre, que no corriese ningún riesgo: el trabajo en pro del progreso intelectual y moral de la humanidad en general. Al contrario, la tendencia "revolucionaria" nace del optimismo, de la audacia, de las grandes esperanzas. Es hacia ella que va la juventud. Pero es de las épocas en que

los problemas de realización práctica de una sociedad nueva vienen al primer plan para todos, cualesquiera que sean las mentalidades individuales... Vivimos una de esas épocas. Las cuestiones del socialismo han cesado de ser un objeto de discusiones teóricas y en lo sucesivo se nos aparecen bajo su forma más tangible. Todos, desde los más moderados a los más avanzados, están ahora persuadidos de que una transformación social total — económica y política — está próxima y que no tardará el momento en que todas las tentativas de realización, todos los ensayos se volverán posibles, y no sólo posibles, sino obligatorios para el que no quiere ver el fracaso de sus ideas. Se puede hablar muy bien ahora de la imposibilidad de crear una sociedad ideal con individuos imperfectos, que sería preciso educar previamente: la vida exige que la solución de los problemas que plantea sea dada *inmediatamente*, con el material humano existente, y se niega a esperar. La revolución rusa nos proporciona una rica experiencia que no se estudiará nunca bastante, porque se trata de la *primer* tentativa de introducción de un régimen socialista. Ha sido dominada por las concepciones — estatistas y jacobinas; a los anarquistas les corresponde hacer todos los esfuerzos para que esa primer experiencia de socialismo autoritario sea la última y que un principio nuevo, el principio de organización libre, inspire la ola revolucionaria siguiente.

Así, de las dos corrientes anarquistas de que hemos hablado, es sin duda la corriente social y realizadora la que debe prevalecer en nuestra época.

REVISTA UNICA

Aparecerá a mediados de Diciembre

HE AQUI EL SUMARIO:

Dos palabras, Redacción; Algunas palabras con motivo de la conclusión de la Encuesta de Steubenville, por Max Nettlau; Meditación sobre el trabajo, por Han Ryner; La Encuesta de Steubenville, por D. A. de Santillán; ¡Queramos!, por Gigi Damiani; Crisis de humanidad, por E. López Arango; Necesidad de una minoría fuerte y consciente, por Palmiro de Lidia; Anarquismo, por Dionysios; Organicémonos, por Jean Grave; La elocuencia de la historia, por J. I. Pastor; Remember, por R. Lone; ¿Por qué soy anarquista, por Pierre Ramus; La vida y la personalidad humana, por Antonia Maymon; Elogio de las encuestas, por Un médico rural; Sobre un tratado de prejuicios e idolatrías, por J. C. Valadés; Los dajos físicos de la abstinencia sexual, por C. Berneri; El explotador de cautivos, por F. Barthe; El ideal de los desamparados, por David Díaz; Sobre táctica revolucionaria, por Antonio Reniego; Problemas, por M. Buenacasa; Bohemios, por J. Rodríguez Aragón; Girando alrededor del eje de la femenina esfera, por Joaquín Colomer; ¡Todo por la anarquía!, por M. Giménez; La encuesta como factor moral de alta valoración, por T. Cano Ruiz; Conexión libertaria por el movimiento obrero anarquista, por Casas; La liberación humana y los profesionales de la ciencia oficial, por J. Alberola; Por qué se nos ignora, por G. Duran-te de Cabarga. — Ilustraciones de F. Sacristá.

PRECIO: 20 CVTS. EL EJEMPLAR

LUIS FABBRI:

El problema anárquico de la acción inmediata

La reacción autoritaria, capitalista y estatal, empeora actualmente en todo el mundo tratar de extraer de las funestas consecuencias de la guerra reciente, — guerra que las clases capitalistas y las castas estatales han querido y desencadenado, justamente con el objeto de consolidarse y desembarazarse de las resistencias proletarias y revolucionarias que se habían vuelto para ellas demasiado peligrosas y cada vez más amenazantes, — toda la utilidad posible en beneficio de los propios privilegios económicos y políticos.

¿Cómo defendernos de esa ola reaccionaria que sube, y sobre todo cómo podría determinarse un esfuerzo anarquista internacional y contribuir a la defensa de la civilización y de la libertad contra la barbarie burguesa?

Es preciso ante todo estar en guardia contra las seducciones del pasado, que parece atractivo a quien sufre demasiado por un presente tan horrible, y contra los del autoritarismo que promete, como Dulcamara, la curación de todos los dolores a cambio de una fe pasiva en él. Es preciso que no se pierda nunca de vista este hecho irrefutable: que especialmente de la guerra en adelante, han fracasado en la prueba de los hechos todas las ideologías y las metodologías, no sólo de la filantropía y de la democracia burguesa, sino también las del socialismo legalitario y las del socialismo autoritario o revolucionario.

El angustioso retorno reaccionario actual encubre en casi todo el mundo esta verdad, fomentando los oportunismos de aquellos que, para acomodarse mejor, se contentarían hoy con una democracia que les restituyese un poco de vivir sosegado, o bien de cuantos se adaptarían al yugo de una autocracia roja que tomase sus venganzas. Unos y otros, sin darse cuenta, sacrifican de tal manera toda idea de socialismo y de libertad, toda esperanza de emancipación real.

Sólo permaneciendo intransigentemente revolucionarios y libertarios hacia los unos y hacia los otros, los anarquistas podrán recoger la herencia de esperanzas que todos los otros partidos y movimientos proletarios y populares han perdido.

En tal sentido se puede decir verdaderamente que esta es la hora de los anarquistas. Son en realidad el dique extremo actual de defensa de la libertad, de la paz y del trabajo contra la reacción capitalista cada vez más inhumana y salvaje. ¿Pero, qué hacer? ¿cómo obrar contra esa reacción que hoy es tan fuerte y casi invencible? ¿dónde está la salida de esta situación intolerable de dolor y de amenaza?

Digámoslo francamente: el problema es difícilísimo, pero no se resuelve ignorándolo e imitando al avestruz que frente al peligro oculta la cabeza bajo las alas. No debemos desconocer tampoco que todas las soluciones que se pueden pensar (y por lo demás no hay una solución única) están destinadas a quedar en el campo de lo relativo, de lo mudable, de lo continuamente revisable. No obstante hay que esforzarse por resolver el problema e intentar con audacia y constancia al mismo tiempo aquellas soluciones que más nos persuadan y más concordes nos parezcan con el fin

supremo de libertad y de justicia que es la razón de ser del ideal anárquico.

PROBLEMA DE VOLUNTAD

Según mi opinión, el problema de una ofensiva del movimiento anarquista, sobre vasta escala y con objetivos prácticos revolucionarios y de oposición efectiva a la reacción arrolladora, es sobre todo un problema de voluntad.

Yo no hago aquí una cuestión metafísica para establecer si son los hechos los que determinan la voluntad o ésta la que determina los hechos. De cualquier modo que se resuelva la cuestión en el terreno filosófico, prácticamente, en el campo restringido que nos consiente la brevedad de nuestra vida y el radio pequeño en que puede desarrollarse nuestra actividad, a menos que nos abandonemos pasivamente a los acontecimientos, — el punto de partida de todo nuestro movimiento no puede ser más que la voluntad: lo que queremos hacer, el fin que queremos alcanzar, los medios que queremos adoptar; y por tanto, como corresponsable, todo lo que no queremos hacer, los fines ajenos a que queremos oponernos, los medios que creemos perjudiciales y que por tanto queremos combatir y excluir.

Cuando nos ponemos al trabajo por un objetivo determinado no podemos preocuparnos de lo que, en los hechos sociales, es fatalmente determinado por fuerzas extrañas a nosotros y sobre las cuales no podemos nada, sea que se trate de las consecuencias de hechos pasados, que no podemos impedir que hayan ocurrido, sea que las consecuencias se deriven de causas naturales inevitables. O mejor, debemos preocuparnos, tenerlas en cuenta, pero para aprovecharlas si es posible en beneficio de nuestros fines, para injertarles los efectos de la acción nuestra, para combatir o neutralizar los efectos nocivos, para evitar una actividad que sea inútil y equivaiga a dar con la cabeza contra la pared. Pero dondequiera que sea posible decidir y obrar a nuestro modo, nuestra voluntad debe intervenir directamente, conscientemente, para determinar con la acción hechos queridos por nosotros y obstaculizar todo hecho por nosotros no querido.

Es preciso, por tanto, ante todo, saber bien lo que queremos, qué objetivos queremos alcanzar, sea de inmediato o sucesivamente y, en armonía y relación con esos objetivos, lo que queremos hacer de inmediato y en lo sucesivo. Al decir esto no nos contentamos con aludir a un fin genérico y a métodos de acción simplemente indicadores y de orientación: todo esto lo sabemos desde hace mucho tiempo, desde que existe el partido anarquista con todo su programa teórico y táctico bien conocido, desde hace cincuenta años. Tal programa es importantísimo y no debemos perderlo nunca de vista, pues sigue siendo justo y verdadero, y toda actividad que se pusiera en contraste con él sería errónea y fuente de desviaciones y de derrotas; pero por sí solo hoy aparece demasiado genérico. Como complemento hay que precisar más

lo que queremos hacer en todos los campos, aunque mínimos, de nuestra actividad individual y colectiva en relación a las nuevas circunstancias, posibilidades y necesidades múltiples constatadas, previstas y previsibles, — no en el sentido de una fijación apriorista y exclusivista, obligatoria y universal, de soluciones únicas, sino como conciencia de cada posibilidad y necesidad y de los medios prácticos (que pueden ser más de uno y todos experimentables y sujetos de continuo a revisión y perfeccionamiento) para hacerles frente.

Pero cada uno de estos medios debe ser estudiado particularmente, de modo que en la práctica pueda ser adoptado y esté constantemente en relación con el fin querido, — para que después sea aplicado con un criterio de continuidad y al mismo tiempo no venga a contradecir, a neutralizar y a anular los efectos de otras actividades anárquicas precedentes y paralelas. Es preciso, en suma que, por la intervención persistente de nuestra voluntad, la actividad anarquista no sea fragmentaria y contradictoria, sujeta de continuo (como ha estado muy a menudo hasta aquí) a la mutación de los caprichos y de los impulsos inmediatos, individuales y locales, por las más fútiles circunstancias contingentes, de modo que no se interrumpa una actividad sin conducirla a buen fin, para comenzar otra que a su vez será dejada a un lado apenas surja un paisaje diverso, una ilusión diversa o algo que atraiga más la voluntad de lo nuevo y de lo más llamativo.

Sin embargo no hay que confundir la voluntad con su simple enunciación verbal o escrita, con su mera formulación en programas aunque estén óptimamente elaborados, o con la propaganda limitada a la exposición de lo que se quiere con conferencias, libros, folletos y periódicos. Todo eso es, naturalmente, necesario e indispensable como primer hecho de voluntad, pues, cuando se quiere una cosa, se comienza por definirla y precisarla con palabras, haciendo un programa y difundiendo tal programa verbalmente y por escrito. Pero todo esto no basta: apenas es el comienzo, — y si todo acaba con esto, tal voluntad, simplemente manifestada y nunca traducida en hechos concretos, desmerecería de su nombre, llegaría a ser más o menos estéril y pronto culminaría en lo contrario de la voluntad, es decir, en la inercia y en la pasividad. Si se mira un poco en el fondo, en la crisis que atraviesa actualmente el anarquismo, se verá que una de sus causas consiste en el hecho de que la generalidad de los anarquistas — menos excepciones heroicas individuales, y menos excepcionales movimientos de efervescencia colectiva, — limita demasiado su actividad a la propaganda oral y escrita, repitiendo incesantemente lo que quieren, pero sin tratar de realizar de un modo orgánico y constante esta voluntad suya.

La propaganda a la larga agota su misión; es decir acaba por saturar un determinado ambiente convirtiéndolo y convenciéndolo a aquel dado número de individuos que, por tendencias, por sentimientos y temperamentos, son susceptibles de ser atraídos por nuestras ideas y aficionarse a ellas. Cuando ha ocurrido esto, si de la propaganda no se pasa a la acción, si no se comienza por realizar alguna cosa, sea en el sentido de la demolición como en el de la reconstrucción, la gente se cansa pronto; y en cuanto faltan los pocos más ardientes que galvanizan, por decirlo así, el ambiente, el movimiento se detiene, languidece y a veces muere del todo. Así se explica cómo en ciertas localidades, un día focos de ideas en donde los elementos anarquistas eran numerosísimos, hoy falta todo movimiento y se reduce a difundir algunos ejemplares de un periódico.

La propaganda oral y escrita debe por tanto convertirse en propaganda con el hecho, no esperando la musulmanamente del ímpetu heroico improvisado y del sacrificio de algún revolucionario aislado, — que tiene su enorme utilidad, pero por su mismo carácter y por el esfuerzo superior a

lo común que exige no puede determinarse más que excepcionalmente y con mucha rareza, — sino haciendo la labor propia de todos los días, aspirando a grandes cosas e intentándolas en cuanto sea posible, pero sin desdénar las pequeñas. Sólo entonces, cuando poco a poco halla modo de manifestarse en la acción, la voluntad anarquista será un resorte de progreso y podrá trabar eficazmente el paso a la reacción autoritaria que avanza. La voluntad no es tal sino es al mismo tiempo acción.

¿ESPONTANEIDAD O ESFUERZO REFLEXIVO?

Hasta aquí, en el movimiento anarquista, se ha contado demasiado, para resolver todos los problemas de la acción, con el impulso inmediato, con la iniciativa espontánea, con la improvisación, con los arrebatos instintivos y pasionales. Los cuales todos tienen ciertamente su parte importante en la historia, y a menudo son indispensables o inevitables, algunas veces hasta providenciales. Pero por sí solos son insuficientes; y tienen mucha mayor importancia los actos determinados por la voluntad y preparados por el largo ejercicio de ésta.

Indudablemente, cuando se presenta una nueva circunstancia en que no se había pensado, es preciso proveer a sus necesidades lo mejor que se pueda, improvisando. Pero eso es lo menos malo, no lo deseable. Lo que debemos desear, y por lo tanto proponernos, es estar preparados para el mayor número posible y previsible de circunstancias de lucha, de defensa y de evolución frente a las cuales podemos encontrarnos. Y no sólo preparados espiritualmente, sino prácticamente lo más posible, para ser capaces de resolver, a medida que se presenten los problemas que la defensa, la lucha y la revolución nos impongan.

Esto, como hemos dicho más arriba, exige de nuestra parte el estudio, luego la fijación de una determinada línea de conducta o de varias líneas de conducta y por fin la disposición de las fuerzas para poner en práctica lo que hemos decidido hacer. Está claro, en efecto, que si nos limitásemos, aunque sea con la mayor sabiduría imaginable, a estudiar y a exponer lo que los anarquistas deberían hacer en las más diversas circunstancias, y luego cada cual quedase con las manos cruzadas o casi, esperando poner en práctica las propias ideas no se sabe cuando, sin preparar los medios para hacerlo, sin predisponer a tal propósito a las diversas colectividades anárquicas, cuando se presenten realmente la ocasión nos encontraremos en la impotencia y en la imposibilidad de poner en práctica lo que hayamos dicho o escrito en los programas o en los artículos de periódico. La cuestión de la acción, por tanto, la cuestión de la voluntad de la acción se traduce prácticamente en una cuestión de organización, — de una o de más organizaciones, que en el terreno práctico de la lucha, del movimiento, de la educación y de la propaganda con el ejemplo van realizando el anarquismo.

No quiero volver a comenzar aquí la larga discusión sobre la organización, que tanto ha ocupado y ocupa todavía a los anarquistas. En realidad, tampoco los que se declaran contrarios a la organización hacen más o menos que organizarse de continuo; y sólo lo hacen de modo confuso e incoherente, en tanto que inconscientes, y no raramente del modo más antianárquico. Con frecuencia, a falta de una organización propia, no hacen más que aceptar la organización ajena, la cual naturalmente explota y utiliza su actividad más para sus fines que para los de ellos.

El verdadero contraste entre anarquistas no consiste por tanto en ser partidarios de la organización o adversarios, sino en la preferencia dada a una más bien que a otra forma de organización. Los unos se confían a la organización exclusivamente local y temporal, surgida de tanto

en tanto bajo el acicate de las necesidades inmediatas, con medios de ligazón por completo ocasionales e inorgánicos; es la corriente anárquica que surge en torno a 1890, bajo la influencia más literaria que sociológica del individualismo, e inspiró por un cierto período el pensamiento de Kropotkin, de la *Révolte* de París y en gran parte al anarquismo latino y más especialmente francés. Los otros, en cambio, patrocinan la formación de una organización permanente, extendida lo más posible en todo el país y en diversos países, por agrupaciones federadas con un pacto común y relaciones continuas y regulares, por medio de congresos y órganos de alianza decididos por éstos, en vista de necesidades no sólo contingentes sino futuras; y es la corriente que se enlaza más bien con la tradición de la primera Internacional y con Bakunin, que ha persistido en Alemania, que en España vivió hasta 1890 aproximadamente, y que en Italia echó raíces más sólidas de 1897 en adelante, especialmente por la constante propaganda de Malatesta.

Después de la guerra esta segunda corriente se abrió camino un poco por todas partes, comenzando por Francia, con tendencias diversas de lugar a lugar, pero sobre todo bajo la influencia del sindicalismo revolucionario; a ella se había adherido cada vez más el mismo Kropotkin en los últimos años, desarrollando sus ideas sindicalistas y federalistas, de las que, por lo demás, no había estado nunca muy lejos y de las cuales había sido partidario y precursor en su primer período de actividad en el seno de la histórica Federación del Jura. Pero estas tendencias están todavía demasiado desligadas y son demasiado poco precisas para ejercer una influencia suficiente como para pesar sobre los acontecimientos. La experiencia de la revolución rusa, en donde la heroica actividad anarquista fué explotada por los bolchevistas en detrimento de los anarquistas, que fueron derrotados en gran parte, a causa de su desorganización, fué decisiva. No pocos compañeros, que han vivido en las horas más trágicas de aquellas revoluciones en Rusia y en Alemania, me han dicho que en aquellos países ahora la idea de la organización anárquica aparece como una verdad indiscutible, como una necesidad imprescindible. Menospreciarla sería doblemente perjudicial, porque por un lado acrecentaría la impotencia de los anarquistas y por otro favorecería, por reacción, en medio de los mejores elementos más deseosos de acción, el infiltramiento de deleterias tendencias autoritarias, de origen democrático o de origen bolchevista (1).

Es urgente, por tanto, para todos los anarquistas, — que quieren permanecer anarquistas, y no platónicamente, sino participando en la acción, con hechos concretos y conclusivos, — la solución del problema de su organización en sentido anárquico, sea para poner fin al éxtasis del movimiento, sea para evitar las desviaciones de los más impacientes y voluntariosos, que acabarían por abandonar un movimiento sin movimiento. Las necesidades de la lucha inmediata y las previsibles de la próxima revolución son tales, tan grandes, impelentes y evidentes, que el anarquismo desorganizado, antiorganizador o insuficiente y demasado caóticamente organizado, hace que las masas le sean cada día más indiferentes, pues instintivamente sienten que en su interés y por su libertad, frente al capitalismo y a la reacción estatal, es preferible una organización defectuosa o mala

(1) Las manifestaciones de este peligro han sido, entre otras, la infatuación garibaldinista entre algunos anarquistas italianos y españoles (infiltración democrática), y las infatuaciones de una organización exclusivista y centralizadora con el proyecto de la "Plataforma" de un grupo ruso, muy discutida en estos últimos tiempos (infiltración bolchevista).

a ninguna organización o a una organización que queda siempre en un estado embrional, o peor, como simple afirmación teórica y pío deseo.

Los anarquistas que están de acuerdo con este concepto deben hacer ver con los hechos que el concepto es bueno y que están convencidos en serio. Defender la idea de la organización anarquista está bien, pues es una necesidad de la propaganda que no deja nunca de ser una necesidad. Pero, sin cansarse de defenderla contra las críticas y objeciones adversarias, lo que urge ahora es pasar de la propaganda oral y escrita a la propaganda por el hecho. La mejor propaganda por la organización se hace organizándose, y persistiendo en una actividad en tal sentido, sin detenerse por la oposición ajena y sin asustarse por los errores en que, especialmente al comienzo, se puede caer — cuyos errores se pueden corregir sucesivamente, sin detener el movimiento. El que anda está expuesto siempre a caer; pero si el que cae una vez renuncia a caminar, tal vez no caerá más, pero es cierto también que no llegará nunca a la meta.

La organización anarquista es necesaria, indispensable y urgente, por lo demás, no sólo para demostrar de una vez la posibilidad sobre el terreno de los hechos, en el interior del movimiento anarquista y como ejemplo para los otros, sino que lo es además — hoy más fuertemente que nunca, — por las impelentes necesidades de la lucha contra la reacción estatal y capitalista que está intentando en este momento, formidablemente organizada, el esfuerzo más amenazador para sofocar la libertad de los pueblos en todas sus manifestaciones y para hacer volver al proletariado a regímenes de esclavitud que parecían hasta ayer inconcebibles. A la organización capitalista y estatal, como también a las organizaciones autoritarias de los diversos partidos de gobierno, sean legalitarios o insurreccionales, es preciso oponer una organización anarquista sólida y fuerte, duradera y extendida, capaz de cooperar eficazmente a la resistencia y al quebrantamiento de la actual ofensiva burguesa y de oponerse, en el seno de la revolución, a las dominaciones y tiranías estatales, que hoy están en germen en los diversos partidos autoritarios que se disputan la sucesión de los actuales poderes estatales y de clase.

LA ORGANIZACION

El problema anarquista de la lucha inmediata tiene necesidad, para ser resuelto, — como hemos dicho, — de una organización anárquica sólida y fuerte, duradera y extendida, capaz de resistir y de vivir incluso bajo la prevalencia momentánea de fuerzas adversas. No excluye otras formas de actividad, de iniciativa individual o de grupo: ¡al contrario! Pero éstas serían frustradas en gran parte de su eficacia sin la coexistencia de aquélla; mientras tal coexistencia de la organización multiplicaría los efectos y podría dar motivo a mayores progresos anarquistas ulteriores.

Pero ¿qué se entiende por organización sólida, extendida, duradera y capaz? La mentalidad autoritaria, que sin embargo persiste inconscientemente también en algunos anarquistas, hace que a menudo se crea que, para ser fuerte, sólida, etc., una organización no puede menos de ser autoritaria, centralizada, exclusivista, aunque limitadamente. De aquí la consecuencia que unos desconían de la organización y le son hostiles, y los otros creen necesario, para organizarse, entrar en pactos con las tendencias autoritarias, aceptar algunas, transigir y disminuirse desde el punto de vista anarquista. La verdad es propiamente lo contrario. Una organización es verdaderamente tanto más sólida y fuerte y da resultados de liberación efectiva, cuanto más fiel queda al principio fundamental del anarquismo. La organización que, por tanto, conviene realizar, es la que pone como punto de partida la autonomía del in-

dividuo y del grupo en las asociaciones y federaciones cada vez más extensas, que excluye toda centralización y delegaciones de poderes y se basa en mutuos pactos libremente aceptados, que funciona a través de órganos de alianza y de ejecución sin facultades coercitivas y sin caracteres de desigualdad frente a todos los asociados.

Naturalmente no hay que pretender para tal organización la condición de la perfección, deseable, que se debe aproximar, pero que no es alcanzable nunca en las cosas humanas. Defectos y errores, incluso de tendencia autoritaria, podrá haberlos siempre, porque los hombres son imperfectos y en éstos, aunque sean anarquistas, ciertas tendencias autoritarias persisten siempre. Pero, y esto es lo importante, tal organización será siempre suficientemente anarquista como para preferirla a las organizaciones autoritarias; y garantizará la libertad y autonomía del individuo, es decir de todos los individuos asociados, mucho más que la desorganización, en la cual, en la mejor hipótesis, libertad y autonomía pueden ser sólo privilegio de pocos individuos excepcionalmente más fuertes y dotados.

¿Qué tipo de organización hay que preferir desde el punto de vista anarquista? Sería erróneo, antianárquico, y por lo demás imposible en la práctica, proponerse un tipo único de organización, de carácter igual y universal, para todas las funciones de la lucha y para todos los países.

En cada país se desarrolla también entre los anarquistas, bajo el impulso de los temperamentos, de la psicología y de la mentalidad, derivados del pasado histórico, de la raza, etc., tendencias especiales diversas que no pueden ser suprimidas y que en cambio es de interés general poner en armonía entre ellas. Los que han viajado nos dicen cómo, a pesar de la casi identidad de los principios generales y tácticos, los caracteres del anarquismo varían algo de país a país. El anarquismo francés, aun el de la misma tendencia, tiene manifestaciones específicas diversas del italiano, que es el que más se le aproxima; y son más diversas todavía las del anarquismo alemán, ruso, inglés y norteamericano. No leves diferencias se encuentran en el anarquismo español, y más aun en el sudamericano (1). Ciertos medios y formas exteriores que chocan con la mentalidad de los unos, son consuetudinarias para los otros; los unos dan más importancia a ciertas actividades que a otros les parecen secundarísimas, etc. Hay además ciertas diferencias de táctica hechas necesarias en algunos lugares por la índole de las poblaciones, por las condiciones demográficas, por las especiales situaciones políticas, y así sucesivamente. La misma diferencia de lenguaje hace variar la terminología político-social de país a país.

Es naturalmente deseable, y también necesaria, una cierta unidad relativa de principios y de orientación general, que por lo demás surge de la misma concepción anarquista, y existe en gran parte también sin la organización. Sin embargo es necesario precisar tal unidad, como punto de referencia en la lucha contra la autoridad estatal y la explotación capitalista; definir la propia posición en armonía con la lucha de las clases obreras contra el capitalismo; convenir en los criterios directivos libertarios de la organización, de la propaganda, insurreccional o sindical, en la táctica de acción directa, antiparlamentaria, antimilitarista; y así por el estilo. Pero sobre las formas organizativas, sobre la naturaleza de las diversas agrupaciones, es preciso que en cada país se desarrollen aquéllas que están más en armonía con

(1) Cuando hablo del anarquismo de América del Norte o del Sur, me refiero al indígena, de habla inglesa o de lengua castellana, no al de las varias emigraciones que es aproximadamente el mismo de los países de origen (italiano, ruso, español, alemán, etc).



¿Los anarquistas? Son unos locos. Yo se lo que digo, porque he sido también uno de ellos

las tradiciones locales, con la mentalidad y psicología prevalentes, sin pretender violentar éstas, para adaptarlas al lecho de Proculo de un programa específico único, con una orientación única para todos los países.

Si un programa o una orientación es mejor que otros — y es natural que cada uno crea mejor el propio, — eso no podrá demostrarse más que por la experiencia, por los contactos, por la discusión en los frecuentes congresos internacionales; y su aceptación en otras partes no podría ser impuesta ni por un estatuto de organización, ni por una deliberación de mayoría, sino solo por la libre y voluntaria adhesión de las particulares uniones y federaciones locales deseosas de perfeccionar sus métodos y de ponerse mayormente al unísono con el movimiento anarquista organizado internacionalmente.

También en el interior de cada país, aunque sea más posible y deseable una mayor y más precisa unidad de criterios, hacer de la organización única un dogma sería pernicioso. Una cierta división de trabajo y de funciones es siempre necesaria, y da tarde o temprano lugar a una cierta variedad de organización. Junto a la organización pública para la propaganda y el movimiento general anarquista, con programa y táctica bien precisos y con determinados organismos de funcionamiento, podrían coexistir (y en la práctica se ha visto que pueden coexistir) otras organizaciones o agrupaciones públicas o secretas para fines particulares o diversos; por ejemplo, para la acción sindical, para la preparación de actos de rebelión colectivos e individuales, para iniciativas de índole cultural o educativa, etc. Pero lo importante es que estas organizaciones, una o más, existan realmen-

te, vivan una vida propia, obren y pongan en práctica, con hechos, constantemente, el propio programa: que hagan en resumen lo que se han propuesto hacer, sin detenerse en su simple enunciación.

Además, cuando existan organizaciones o agrupaciones, es indispensable que su coexistencia no sea turbada por estúpida rivalidad o por espíritu de concurrencia. Que cada cual obre por sí, que ayude a las demás en todo lo que se encuentra de acuerdo con ellas, y en lo demás que siga por su camino, sin preocuparse de las críticas y sin tratar de obstaculizar la acción de los demás. La recíproca tolerancia entre las organizaciones y agrupaciones anarquistas (y también con los anarquistas desorganizados), el esfuerzo para comprenderse recíprocamente aun en los posibles errores, y las relaciones de buena vecindad entre las distintas fracciones del anarquismo, son otra condición indispensable para la eficacia de la lucha anarquista contra la reacción. Uno de los peores males que infestan hoy al anarquismo (y también a otros partidos revolucionarios) consiste, no en las divergencias de carácter teórico o táctico, muy naturales, sino en las diatribas con que se manifiestan, en los rencores y en las disputas personales a que dan lugar o que les sirven de pretexto, en las rivalidades de capilla que se producen.

Acabar con todo eso es, repito, indispensable. Pero no hay que olvidar que a tal respecto pueden muy poco los llamados sentimentales y los buenos razonamientos hablados y escritos. Más que todo puede, más que todo valdría para obtener la máxima concordia deseable, la acción. Trabajar por la causa sin cansarse, organizar ese trabajo sobre bases cada vez más sólidas y vastas, tratar de herir al enemigo sin preocuparse del amigo malévolo; aquí está el secreto del buen acuerdo. La inactividad es la mayor fuente de discordia; pues también al respecto es verdad que el ocio es el padre de los vicios.

EL ANARQUISMO Y LAS OTRAS TENDENCIAS Y PARTIDOS

Los anarquistas, aunque estén sólidamente organizados, no pueden ser, al menos inmediatamente y en todas partes, una fuerza tal como para derrotar las fuerzas coaligadas y potentísimas de la reacción capitalista y estatal. Si hay alguna región tan afortunada desde nuestro punto de vista, donde los anarquistas puedan bastarse de veras para todas las necesidades de la lucha antiburguesa y revolucionaria ¡tanto mejor! Pero como en general, en la mayor parte de los países, no es así, hay que encarar el problema del modo de acelerar un movimiento general de resistencia y de ataque por parte de todas las masas populares y obreras contra las clases explotadoras y dominantes, o al menos de una parte suficiente de ellas.

En segundo lugar, y como consecuencia de tal problema, viene el otro problema: el de las relaciones con los diversos partidos, organizaciones, movimientos, etc., que se reparten la simpatía de las masas sobre quienes queremos influir y que, estando también ellas en la oposición contra el actual estado de cosas económico y político, o tienen algún punto de su programa común con el nuestro, o están empeñadas en derribar algún obstáculo que se opone también a nosotros, o pueden incidentalmente o por propósito determinado, hallarse combatiendo a nuestro lado sobre nuestro mismo terreno contra los mismos enemigos, sea en simples agitaciones más o menos pacíficas, sea en movimientos insurreccionales y revolucionarios más serios.

Estos problemas hay que resolverlos inmediatamente después, sino contemporáneamente al de la organización anarquista. Cuando ésta exista, y su existencia es necesaria también para evitar que la acción anárquica se pierda en movimientos especiales desligados y sea explotada y absorbida por los movimientos más fuertes y mejor organizados,

corresponderá naturalmente a la organización anarquista ya constituida el estudiar y el decidir sobre las vías y los métodos de la acción, — sea la acción propia directa, de la organización anarquista como tal, sea la acción a desarrollar en el seno de las masas amorfas o divididas entre otros movimientos, sea en fin la acción a desarrollar en cooperación o en contraste con las otras fuerzas de oposición de hecho antiestatales y antiburguesas.

Pero en espera de un trabajo orgánico de estudio, de propaganda y de realización de parte de la organización, podemos ver, al menos en grandes líneas, cuál podría ser su línea de conducta.

La acción que antes se presenta, como necesaria, a nuestro espíritu, es la de la clase trabajadora contra el capitalismo que la explota. Aquí es inútil discutir la tesis histórica y sociológica de la "lucha de clase" para declararse en pro o en contra. La cosa es de importancia muy secundaria; pero que la lucha de los obreros contra los patrones existe, que esa lucha es justa y necesaria desde el punto de vista revolucionario, que los anarquistas están empeñados en participar en ella, sea en tanto que revolucionarios, sea en tanto que obreros ellos mismos, sea sobre todo en tanto que anarquistas, ya que la lucha contra los patrones es una explicación de la lucha por la libertad contra la autoridad: todo eso es en lo sucesivo indiscutible.

Los anarquistas, para los fines de la lucha inmediata contra la reacción y para los ulteriores de la realización del propio ideal social, están prácticamente en el terreno de la lucha de las clases obreras contra el capitalismo, la aceptación, y en las luchas anticapitalistas y antiburguesas son solidarios y por lo tanto aliados de todo el resto del proletariado militante para su emancipación. Dan a esa lucha propósitos revolucionarios y libertarios — expropiación y derrocamiento del poder estatal, — y participan en ella con criterios prácticos y tácticos propios: acción directa, averción a toda colaboración de clase o estatal, intransigencia, etc. Pero participan en ella; y entonces están comprometidos además a participar en la organización sindical de la clase obrera, sea en calidad de trabajadores, sea en calidad de revolucionarios. Sin aceptar las fórmulas aprioristas de las diversas escuelas sindicalistas, sin pretender que toda la lucha obrera se haga en los sindicatos, sin despreciar a los desorganizados, y sobre todo sin creer que todos los problemas de la revolución y de la reconstrucción social sean resolubles a través del sindicato — sobre esto la opinión varía entre anarquistas y anarquistas, — no obstante los anarquistas todos no pueden menos de convenir que la organización y la acción sindical son una necesidad y representan una utilidad, sea para la defensa y el mejoramiento de las condiciones de vida actuales de los trabajadores, sea para la preparación y el triunfo de la revolución, sea como uno de los medios de aproximación a la reconstrucción sobre nuevas bases de una sociedad libertaria e igualitaria. El elemento sindical sería insuficiente por sí solo, no puede bastar para todo, no puede pretender abarcar toda la lucha y toda la revolución; pero sin embargo es un elemento de lucha y de revolución de primer orden del que no se puede prescindir. Pero ¿cómo participar en la acción sindical? ¿con qué criterios prácticos, a parte de los ideológicos comunes a todos? Sobre esto los pareceres son diversos: varían casi de nación a nación, de continente a continente. En los países latinos de Europa prevalece entre los anarquistas, a pesar de las excepciones, una concepción relativamente unitaria, en sentido antireformista, del movimiento obrero; en los países germánicos y rusos los anarquistas sostienen en general y participan en una corriente específicamente sindical y separatista; en los países sudamericanos, en fin, tiene mayor éxito la concepción de un movimiento sindical, no solo separatista, sino declaradamente anarquista.

Es inútil discutir aquí cuál de esas tendencias es la mejor y la que más corresponde a la causa de la revolución libertaria. Tengo mis ideas al respecto, pero no es este el lugar para sostenerlas. Buenas razones, por lo demás, las tienen todos, y muy probablemente el tipo de organización obrera preferido es determinado, más que por apriorismos doctrinarios, por necesidades locales especiales, por el ambiente circunstante, etc. Pero justamente por esto sería vano, según mi opinión, sostener la adopción de un criterio u orientación único para todos los países. Equivaldría a moler el agua en el mortero, porque en cada país se continuaría haciendo lo mismo según las tradiciones, preferencias, intereses y tendencias locales. Para mantener aquel tanto de unidad de acción que es necesaria internacionalmente, yo creo que es suficiente seguir, aunque a través de formaciones diversas y de diversas orientaciones, los criterios generales y revolucionarios inspirados por el anarquismo: lucha contra el capitalismo y el Estado para la expropiación y la libertad, acción y presión directa y de clase, autonomía absoluta contra toda ingerencia de los gobiernos y de los partidos, lucha intransigente contra toda colaboración de clase, organización interna de base federalista y no autoritaria, adquisición de fuerzas y preparación para la revolución.

Pero nacionalmente, aun sin querer dogmatizar siquiera sobre esto ni volvernos exclusivistas, me parece que es necesaria entre los anarquistas una unidad de acción y de orientación mayor que internacionalmente, incluso por lo que se refiere a la elección de las formas asociativas. Mi opinión es que, dentro de cada país, los anarquistas deberían ponerse de acuerdo para seguir en materia de organización sindical criterios comunes determinados y no contradictorios, aunque para eso algunos tuviesen que hallarse prácticamente en un terreno diverso al que habrían preferido. Ya que el movimiento sindical es una necesidad, vale más hacer en tal sentido algo eficaz todos juntos en una sola línea directiva que fraccionar las fuerzas anarquistas en directivas sindicales diversas, en cada una de las cuales seremos demasiado débiles y muy fácilmente absorbidos o neutralizados por otras fuerzas prevalentes. Así podremos ejercer sobre el movimiento proletario la mayor influencia revolucionaria y libertaria y conservar, también en este terreno, al anarquismo el máxi-

mo de autonomía frente a todos los otros movimientos proletarios.

LOS MOVIMIENTOS AUTORITARIOS

Aproximadamente una misma necesidad de determinar la propia orientación la hay en lo que se refiere a las relaciones del movimiento anarquista con todos los otros movimientos políticos de oposición y revolucionarios, más o menos inspirados en ideas de libertad y de emancipación proletaria y constituidos por elementos preferentemente obreros y subversivos. Por mucho que sus programas, su política, la acción de sus jefes, etc. haya que combatirlos desde el punto de vista anarquista, eso no impide que prácticamente su fuerza se oponga en ciertos momentos útilmente contra enemigos que son también enemigos nuestros; eso no impide que a menudo sus secuelas sean heridos y perseguidos como nosotros y junto con nosotros, y se formen automáticamente necesidades comunes de ayuda, de defensa y de resistencia; eso no impide que, a menudo, en especial entre los adeptos más desconocidos, entre los jóvenes, etc., bajo banderas y programas diversos de los nuestros, se oculten inconscientemente ideas e intenciones próximas y equivalentes a las nuestras, de anarquistas que se ignoran y que nosotros tenemos interés en atraer a nuestras filas.

Todos los partidos y movimientos no anarquistas, es decir, autoritarios, son un peligro para el porvenir y una insidia continua latente desde hoy; es preciso por tanto quedar en guardia, refutar sus falsas ideologías, descubrir sus tramas políticas, oponerse a sus tentativas de absorción y a sus manejos, estar siempre en situación de oponerse a ellos cuando traten de conquistar el poder. Pero al mismo tiempo, para combatir a los adversarios hoy desarmados como nosotros, que representan un peligro para mañana, no debemos olvidar el peligro, incluso la desdicha de hoy, representada por el enemigo mayor, que tiene actualmente en sus manos el enorme poder estatal y capitalista. Quedando intransigentes contra los enemigos y adversarios de toda especie, no podemos eximirnos de tener en cuenta, — en la lucha inmediata indispensable e inevitable contra la reacción creciente, — el juego de las fuerzas sociales en medio de las cuales nos movemos, para obrar también nosotros con un criterio de relativa y bien entendida oportunidad. La cual no debe ser confundida con el oportunismo, siempre nefasto y con frecuencia el menos oportuno que se puede imaginar.

Ciertamente no es posible establecer criterios iguales, únicos y permanentes a propósito de este argumento. Mucho de nuestra actitud frente a los otros partidos depende de circunstancias indiferentes de nosotros: de necesidades del momento, del comportamiento de aquellos partidos hacia nosotros, del ambiente y de la situación política local, etc. Donde los partidos de oposición tienen una cierta libertad y posibilidad de movimiento y de propaganda, sus relaciones recíprocas no pueden ser las mismas que allí donde todos son constreñidos al silencio o a la propaganda clandestina o a la sola acción insurreccional. Así, con todas las buenas disposiciones que se pudieran tener hacia este o aquel partido, sería imposible con él ninguna cordialidad de relaciones, si fuésemos maltratados o atacados de manera deshonesta.

Pero en líneas generales me parece deseable esta línea de conducta: evitar en las polémicas de ideas y de métodos todo lenguaje inútilmente irritante y personalmente ofensivo; procurar que nuestra oposición a la política de los otros partidos sea hecha de manera que no proporcione una ventaja al enemigo común que nos oprime a todos; cuando adversarios nuestros atacan a nuestro mismo enemigo, no obstaculizar los golpes ni disminuir por espíritu de rivalidad su eficacia; y cuando aquellos golpes son dados en un terreno

Editorial LA PROTESTA

NUEVAS PUBLICACIONES
Errico Malatesta

ANARQUIA

48 páginas. Con tapa artística
haciendo juego con nuestra
edición de EN EL CAFE.

PRECIO: \$ 0.20

Elíseo Reclus

A MI HERMANO EL CAM-

PESINO, nueva edición.

30.000 ejemplares. A pesos
2.00 el ciento, para repartir
gratis

ELEJEMPLAR: \$ 0.10

revolucionario y en una orientación no en contraste con nuestros fines, secundarios con una acción nuestra paralela o convergente; no rechazar, en fin, en las luchas que dependan de nuestra iniciativa, el concurso eventual y ocasional de otras fuerzas que se opongan como nosotros a una ofensiva reaccionaria o tiendan a abatir el mismo obstáculo o institución enemiga. Pero en todo eso no hay que perder nunca de vista la necesidad imprescindible de conservar en todo caso y hacia todos, sea enemigos, sea adversarios más o menos próximos o lejanos, la más absoluta autonomía de acción y de movimiento, libre de mezcolanzas y completamente dueña de sí en el presente y en el porvenir.

En un reciente escrito polémico Errico Malatesta precisaba muy bien este doble concepto de la posible cooperación revolucionaria y de la necesaria autonomía en ella del anarquismo. "Cuando uno no tiene la fuerza para remover por sí un obstáculo y no quiere condenarse a la inmovilidad, debe aprovecharse de la obra de todos aquellos que tienen interés en derribar el mismo obstáculo. Pero debe hacerlo de modo que no se halle luego frente a un obstáculo igual o peor. Vale decir que si no quisiéramos movernos más que cuando pudiéramos realizar directamente la anarquía, toda la anarquía, renunciaremos en la práctica a toda acción eficaz, y nos condenaríamos a perpetua esterilidad. Por otra parte si nos confundiésemos con los otros, nos haríamos instrumentos de nuestros adversarios y asistiríamos más o menos explícitamente al olvido y a la renuncia de nuestro programa. Para esto es preciso siempre y a toda costa permanecer anarquistas. Cooperar, si se puede y como se puede, con los partidos que luchan contra el poder que existe; pero sin compromisos ideales, sin renunciaciones programáticas, sin pactos para después, sin deshacer o descuidar las propias organizaciones, poniéndose o teniéndose en posición de combatir a quien consiga aferrar el poder, con la misma intransigencia con que se combate a aquellos que lo detentan hoy". (*Pensiero e Volontà*, de Roma, N.º 15 del 1.º de octubre de 1926.)

A estas afirmaciones que suscribo completamente, yo haría, si cabe, una variación de forma, que para Malatesta (que yo creo en esto de acuerdo conmigo) sería inútil, pero que en los lectores puede generar equívocos. Donde se dice: "cooperar, si se puede y como se puede con los partidos que luchan contra el poder", yo diría, en lugar de "con los partidos", con las masas de los partidos, para que no se pueda pensar en una necesidad de formaciones oficiales de bloques entre partidos que harían necesarias aquellas desviaciones, compromisos, pactos, etc. que Malatesta mismo excluye poco después. En realidad lo que nos es indispensable es la cooperación de las masas, no importa si y cómo y bajo qué nombre asociadas; no la de los partidos y de sus jefes, siempre tendientes a monopolizar todo movimiento, a explotarlo y, conquistado el poder, a detenerlo o reprimirlo. Pero para hacernos escuchar por las masas, que todavía no son anarquistas, para no irritarlas y alejarlas de nosotros, es preciso adoptar una actitud

y un lenguaje que no las choque a priori y no ofenda sus sentimientos más sinceros.

LA LUCHA CONTRA LA REACCION

Luigi Bertoni, hablando precisamente de este problema de la lucha anarquista contra la reacción autoritaria, se expresaba así hace algunos meses (*Le Revue Anarchiste*, de Ginebra, N.º 706, 27 de noviembre de 1926):

"La preocupación de principios, que tiene su innegable importancia, debe acompañar en nosotros a la preocupación de abarcar los sentimientos y las necesidades populares, las grandes aspiraciones y reivindicaciones de las masas, como no cesan de afirmarse en la historia. Los acontecimientos no desmienten de ningún modo nuestras ideas; después de todo, cada progreso histórico significa la negación de una autoridad anterior y no se encuentra detenido más que por una autoridad nueva. Los grandes impulsos de la vida son pues anárquicos por definición, y no tienen el resultado esperado más que por el hecho de ser apartados y desalojados por un poder nuevo. Es por tanto este poder el obstáculo eternamente renovado y que es preciso tender a destruir una vez por todas. Presentar y hacer comprender esto a las masas es nuestra función, y nosotros no hemos sabido todavía realizarla con suficiente éxito".

¿Por qué ha faltado este éxito? En gran parte a mí me parece que por la ausencia de una precisa directiva sobre las varias cuestiones que hasta aquí han venido examinando, derivadas de no haber concebido bastante conscientemente el movimiento anarquista como un "voluntariado" de la revolución y de la libertad. Nos hemos dejado vencer demasiado por un optimismo fatalista y ultra determinista, derivado de apriorismos filosóficos y económicos fuera de la realidad, del todo relativa y transitoria. Esfuerzos heroicos de voluntad han sido hechos lo mismo; la voluntad no ha cesado, sin embargo, de obrar y reaccionar poco o mucho en el movimiento (a falta de lo cual no habría habido movimiento de tregua), pero sin aquel reconocimiento de sus razones y de su importancia, que le habría dado una fuerza mucho mayor como determinadora de hechos concretos anarquistas, es decir, queridos por los anarquistas. Si el movimiento anarquista adquiere esa conciencia suficientemente a través de la conciencia de todos los individuos que militan en él y ejercen alguna actividad, — de modo que todas las actividades individuales y colectivas, todos los esfuerzos, todas las revueltas son guiadas por un fuerte sentimiento de responsabilidad y asociados por una disciplina interior y moral que les oriente constantemente al superior objetivo libertador y humano de la anarquía, — no sólo resistirá válidamente a los conatos violentamente liberticidas de la reacción autoritaria y capitalista, pero no será propiamente él quien dará el golpe decisivo al obstáculo que obstaculiza el camino al proletariado, y al deshacerlo abrirá a éste y simultáneamente a los hombres todos, los caminos ilimitados de la libertad.

MAX NETTLAU

Cartas inéditas de Pedro Kropotkin a James Guillaume sobre las tierras comunales (revolución francesa), escritas en Junio y Julio de 1911

INTRODUCCION

Las cuatro largas cartas inéditas, del 26 de junio al 7 de julio de 1911, de P. Kropotkin a James Guillaume, estarían mejor en su puesto en una de las revistas históricas especiales de la revolución francesa, pero esta primicia interesará también a los lectores del *Suplemento*, tanto porque todo lo que nos hace conocer más íntimamente la personalidad de Kropotkin les interesa, como por el asunto mismo, en apariencia algunos detalles espinosos, pero en el fondo la cuestión muy importante de la propiedad agraria frente a una revolución, que vale la pena estudiarla, y, también, porque esa discusión cortés hace ver en qué grado es con frecuencia difícil entenderse incluso entre hombres inspirados por las mejores intenciones, estudiosos, que deseaban ir al fondo de la cuestión y que, sin embargo, no conseguían armonizar sus interpretaciones de los hechos de un pasado ya lejano que se encara sin pasión: en este último hecho se encontrará — los que tienen necesidad de él todavía — un llamado al estudio, al examen serio de las cuestiones, a la atenuación de las afirmaciones demasiado generales, demasiado positivas.

Después de haber sido puesto al corriente en la primavera de 1872 sobre la lucha de los autoritarios y de los anarquistas en la Internacional, por Miguel Sayin (Ross) en Zurich y por Nicolás Joukowski en Ginebra, Kropotkin visitó a James Guillaume en Neuchâtel, y completando su encuesta entonces allí y en el Jura, también en Bélgica, se inclinó a la causa antiautoritaria. Volvió a ver a Guillaume en los últimos meses de 1876 y, más frecuentemente, de febrero a septiembre de 1877 en Suiza y hasta los congresos de septiembre celebrados en Verviers y en Gante (Bélgica); entonces hubo entre ellos una colaboración estrecha que, sin embargo, mostró a Kropotkin más inclinado a Paul Brousse, el francés meridional, que hacia Guillaume, el neuchatelés sombrío, — una diferenciación que no disminuyó su solidaridad y cooperación en 1877, pero que indicó que sus caminos se separarían tarde o temprano. En Kropotkin la idea marchó adelante sin detenerse y llegó en pocos años a su concepción de anarquía integral que según la opinión de Guillaume estaba de tal manera más allá de las realidades prácticas que no tenía ningún interés positivo para él. En cuanto a Guillaume, al volver a una vida más militante un cuarto de siglo después de haber abandonado el movimiento en la primavera de 1878, fué de tal modo fascinado por el sindicalismo, revolucionario entonces, de la C. G. T. de

Francia que se comprende que siempre había sido ese su verdadero ideal y que el colectivismo revolucionario de la Internacional era para él una primera etapa próxima que no se podría saltar. En lo que concierne a Brousse, la necesidad de un máximo de actividad prevalecía en él y le había llevado primero hacia los anarquistas más agitados; pero cuando después de 1880 se pudo habitar en Francia como se quería organizando partidos socialistas, se sumergió en ese torbellino y fué absorbido pronto por su "posibilismo", matiz de los más anodinos.

Entre 1878 y 1901 Kropotkin produjo sus mejores obras que se conocen, pero James Guillaume completamente desaparecido para los camaradas y voluntariamente inaccesible, o casi, para todos sus antiguos amigos, vivió nada menos que en una inactividad cualquiera o en una falta de interés intelectual. Habitó en París todo ese tiempo y al principio la pedagogía lo absorbió de más de una manera. En ese período, sobre todo en sus comienzos, la república, después de luchas penosas con monárquicos y clericales, desde 1871, había triunfado, pero para afirmarse tenía que eliminar el clericalismo y otras tendencias retrógradas de la enseñanza pública por una depuración del personal, de los manuales, etc., trabajo de detalle en el cual el director de la instrucción primaria, Ferdinand Buisson, fué un factor infatigable y tenaz del laicismo y de la elevación del nivel de la enseñanza. Ferdinand Buisson, que vive todavía, conocía a Guillaume desde los últimos años del Imperio, cuando él mismo había sido profesor en la Academia de Neuchâtel, y lo atrajo a París ya a fines de la guerra de 1870, proyecto que interrumpió la Comuna. En fin, en 1878 Guillaume se hace secretario de redacción del gran *Dictionnaire pédagogique* editado por Buisson, y llenó por largos años las mismas funciones en la *Revue pédagogique* mensual, revista progresiva muy esmerada y que tiene en cuenta el trabajo en países extranjeros y el pasado histórico en pedagogía. No careció de valor para el progreso general que toda esa y otra literatura pedagógica pasase entonces en última instancia por manos de Guillaume, inalterablemente ateo, inalterablemente socialista, internacional en la medida de sus capacidades y hombre recto que aborrecía la frase y a los fraseólogos. Ha podido hacer en esa posición bastante bien, aunque fuese bajo las formas más moderadas, y sobre todo pudo impedir mucho mal. Fué atraído poco a poco por la historia de la pedagogía, en especial por la vida de Pestalozzi, que describe en libro, y más aún se sentía ejecut-

JOHANN MOST, LA VIDA DE UN REBELDE

POR RUDOLF ROCKER

MAS DE 700 PAGINAS

Precio de los dos tomos \$ 3,00

tor de las voluntades de los hombres más esclarecidos de la revolución francesa, de esos hombres sobre todo que lejos del ruido de las asambleas, en los comités de la instrucción pública, trataban de crear una enseñanza popular progresiva, esfuerzos que encontraban mil obstáculos, pero sin embargo asiduos y notables. Romure, que pereció en prairial 1795 como uno de los últimos montañeses, fué su héroe favorito.

Pero como hombre de ciencia, Guillaume comprendió que necesitaba hacer un estudio profundo de toda la revolución francesa, estudio que había comenzado como un joven estudiante en Zurich cuando tuvo acceso a los grandes volúmenes del *Moniteur* y los recorrió día por día, meditando entonces sacar de ellos una epopeya llamada *Floreal*, escrita y conferenciada sobre las principales grandes jornadas de la revolución francesa, pequeños escritos remanejados por él y publicados entonces en italiano en *Il Risveglio* en 1905-6; escribió también sobre Babeuf, hacia 1878, y apoyado ya en sus estudios documentales en París, *La déclaration des droits de l'homme et du citoyen* 1789 (París, 1900, 108 págs., que apareció sin nombre de autor). Además, dos volúmenes de *Etudes révolutionnaires* (París, 1908-9 VI-400 y 539 págs. en 8.º) reimprimen estudios escogidos, trabajos minuciosos que no tratan de abarcar vastos conjuntos, sino ir al fondo de algunas cuestiones y reemplazar las leyendas por los hechos en tanto que es posible todavía.

En fin, puede echar mano a su trabajo principal, la publicación de los procesos verbales del *Comité d'Instruction publique de la Convention nationale*, cinco o más enormes volúmenes pequeño-folio, que no se contentan naturalmente con copiar viejos papeles, sino que tocan un gran número de detalles mediante una anotación y una documentación explicativa de las más esmeradas. En esa misma época se publicó también toda una serie de otras colecciones de documentos y el nivel de esas investigaciones llegó a un alto grado de perfección. La revista del profesor Aulard, *La Révolution française*, en la que colaboró Guillaume, permiten seguir el ímpetu en estudios de esos años que vieron publicar tantos materiales inéditos.

Me ha sido imposible, naturalmente, seguir de cerca esos estudios; lo que he visto me ha hecho pensar algunas veces que en posesión de esas riquezas de los archivos se atribuía demasiada importancia o una importancia demasiado exclusiva a la palabra escrita y conservada oficialmente. En mi opinión el documento oficial que queda, con frecuencia no es más que un reflejo muy pálido y desnaturalizado de la realidad, una justificación anticipada, un alibi ante la historia, demasiado bello para ser verdadero, una letra que quedó muerta, sin que se sepa si fué verdaderamente ejecutada ni con qué fin se escribió o que es la verdadera de entre varias interpretaciones posibles, etc. No hay, pues, de ningún modo, que acansar a la sombra de los documentos sacados a relucir y figurarse que el trabajo está acabado, sino hallar en cada caso el punto de vista justo, ver si se puede fiar uno de tal documento, si hay que desconfiar de tal otro; esto es cosa muy difícil y que inevitablemente conduce a diferencias de opinión entre los investigadores. No se puede rechazar los documentos sin una buena razón, no se debe darles una interpretación aventurada, pe-

ro no se debe tampoco prodigarles una fe ciega: es asunto de tacto, de los conocimientos más vastos que sean posibles, de experiencia, etc. el llegar a resultados que queden en pie. James Guillaume sabía todo eso mejor que todos nosotros, pero él tampoco era infalible en casos semejantes, ni Kropotkin tampoco.

Sus antiguos amigos de la Internacional dejaron a Guillaume tranquilo todos esos años, sabiendo que verdaderamente entonces no quería ser mezclado en un movimiento de actualidad, y cuando yo le importuné con cuestiones sobre Bakunin, lo que hice regularmente cada tantos años desde 1889, se puede estar seguro que supo proporcionarme un acuerdo glacial, que me desalentó absolutamente y que si yo no cesé de ocuparme de esas cosas, no fué ciertamente por culpa suya. En los últimos años del siglo pasado las desgracias de familia (enfermedad y muerte) le trastornaron completamente, quebrantaron su salud, quemó entonces muchos de sus papeles de la Internacional y trató de reponerse mediante residencias prolongadas en su antiguo ambiente de juventud y de familia en Suiza.

Fué entonces cuando supo por una maestra de la existencia de las Memorias de Kropotkin que ella había leído en traducción alemana (1900) y en París se procuró el texto inglés (1899), el ejemplar de P. Lavroff, y sabiendo que Kropotkin había preparado una traducción en francés (*Autour d'une Vic*, París, 1902), le escribió una larga carta (4 de diciembre de 1901), conteniendo una cantidad de detalles rectificadores muy precisos sobre el Jura en especial que rogó a Kropotkin tuviese en cuenta para la traducción francesa. He recorrido su copia de esa carta este verano. Fué una gran sorpresa para Kropotkin, que respondió desde Hove, cerca de Brighton, el 12 de diciembre:

"Mi querido James, — no podrías imaginarte el inmenso placer que me has causado con tu buena carta. En cuanto abrí el sobre reconocí tu escritura y desde que la revisé me invadió todo mi afecto hacia ti..." Con respecto a las observaciones críticas, dice: "...Todas son tan justas y necesarias. Pero ¡ay! la traducción francesa está ya impresa y en este momento tienes ya tal vez el libro en tus manos"... Conozco 58 cartas o tarjetas postales de Kropotkin a Guillaume, desde diciembre de 1901 al 23 de octubre de 1907, pero, con excepción de una carta del 27 de marzo de 1914, ninguna carta desde octubre de 1907, y no sé si las cartas de 1907 a 1915 ó 1916 se han conservado o han perecido como tantos papeles de Guillaume.

Pero un pequeño paquete se ha conservado, sin embargo, comprendiendo las cuatro cartas de 1911 aquí publicadas, y una cantidad de notas (extractos de publicaciones sobre todo) y esbozos de respuestas por Guillaume, y hay también pasajes que tienen relación con esta discusión en cartas de Kropotkin a Bertoni (Ginebra) del 28 de junio, 3 y 5 de julio, 6 de diciembre de 1911 — cartas que yo he copiado y que se encontrarán sin duda entre las impresas por Bertoni en *Le Réveil*, números 560-63 (del 19 de marzo al 30 de abril de 1921). Pero yo reproduzco aquí esos pasajes de nuevo, para completar al menos la documentación en cartas.

No puedo reproducir toda la documentación necesaria. Sería preciso para eso releer los capítulos 48 y 49 sobre las *tierras comunales* y la le-

gislación de la *asamblea legislativa* y de la *Convención nacional* al respecto, en 1792, 1793, en *La Gran Revolución*, 1789-1793 (París, 1909, VII-749 págs. en 8.º), la crítica de esa parte hecha por Aulard en *La Révolution française*, 1910, y la *forma modificada* de las páginas criticadas que Kropotkin adoptó para la edición italiana que Bertoni preparó entonces: *La Grande Rivoluzione*, 1789-1793. Prima edición italiana. Ginebra, Edizione del Grupo del "Risveglio", VII, 343 y 374 págs. en 8.º) en donde las páginas 534-38 modificadas contienen esos cambios. Sería preciso verificar aún si la traducción rusa, hecha "bajo la redacción del autor" — el prefacio es de febrero de 1918 (págs. VIII) —, *Velikaia Francuzskaia Revolucija*, 1789-1793, contiene alguna nueva modificación. Hay una impresión publicada por el grupo "Golos Truda" en 1922 (Petersburgo-Moscú, XIII-608 págs. en 8.º), pero se compuso una edición rusa en Londres ya en 1913-14.

Sobre todo habría que ver los textos contemporáneos y las investigaciones modernas, consultados por los dos disputantes en 1911, y además los estudios hechos desde entonces — asunto que me es inabordable. No tengo ninguna idea sobre quién tenía razón y quién se equivocaba; uno y otro de esos dos excelentes hombres estaban absolutamente convencidos de que tenían razón, y yo he oído a Kropotkin lamentarse: ¡Ah, ese buen James, qué excelente hombre, sólo que no comprende nada de la revolución francesa! — y a Guillaume suspirar lo mismo: ¡Oh, ese buen Pedro, qué excelente hombre, sólo que no comprende nada de la revolución francesa!... Uno y otro se afirmaron en sus posiciones y si Kropotkin está muy seguro sobre su hecho en estas cartas, es imposible decir — al menos a un lector tan poco instruido en esa materia como yo — si tiene razón o si se engaña.

¿De qué se trata en suma? Un vistazo sobre los capítulos 48 y 49 de *La Gran Revolución* y las cartas mismas lo muestran fácilmente; quisiera remitir al lector a ello y agregar las observaciones generales siguientes.

Los sociólogos modernos han llegado a aceptar para todas las esferas de la vida humana y social la transición de un estado más o menos colectivo a un estado de aislamiento individualista, y las aspiraciones socialistas desean llevar de nuevo a la humanidad hacia una socialidad, más esclarecida esta vez y más consciente que la de las edades pasadas. El capitalismo competidor al derribar las corporaciones cerradas de la edad media, el obrero aislado en lugar del obrero más o menos coaligado de los tiempos lejanos, las religiones de la Reforma, sobre todo el calvinismo al aislar a los hombres que el catolicismo medieval reunía, la filosofía, la política, la economía política individualista de los Hobbes, de los Locke, de los Mandeville y tantos otros en los siglos XVII y XVIII, la democracia, el campesino emancipado de la servidumbre, todo eso derribó radicalmente, desde el siglo XVI al XIX la tutela tan protectora como esclavizadora que las colectividades (comunales, corporaciones, la iglesia y los individuos investidos de fuerza y de riqueza (reyes, señores) ejercieron durante largos siglos de la edad media sobre toda persona absolutamente que no fuese de esa casta dominadora o que no vivía al margen de la sociedad (heréticos, vagabundos y rebeldes).

Ese gran impulso para romper esos lazos intelectuales, morales y materiales era sin duda alguna un paso hacia adelante en el sentido de la emancipación humana — inevitable, irresistible y deseable, pero evidentemente ha costado caro. Cuando se quita un techo de abrigo, por miserable que sea, pero que caldea un poco, y se queda uno en el aire fresco de los grandes caminos, se tiene frío, algunas veces se perece, pero otras se va hacia adelante en dirección a una libertad futura. Quedar en casa, abrigado, pero también bajo el látigo de los amos y de los sacerdotes y de las corporaciones o salir al aire libre, aunque sea como proletario desprovisto de todo: tal fué la alternativa, y en general la humanidad eligió la libertad, por nominal que fuese, y desde hace largo tiempo ya, comprende la insuficiencia de la libertad puramente formal y se esfuerza por combinarla con la solidaridad general: de ahí el *socialismo*, que en sus formas progresivas y viables reúne *libertad y solidaridad* (la anarquía integral) y no hace poco caso de la libertad más que en sus formas incompletas y degeneradas (*socialismo autoritario*).

La propiedad *agraria*, por conservadores que fuesen y que sean muy a menudo sus detentadores, no pudo escapar a esa evolución hacia una libertad aspirada, que reemplazase las inmovilidades seculares. El siervo, tanto tiempo nulo como hombre, como individuo, frente al señor, desea, pues, convertirse en campesino, aunque fuese el más pobre, siempre que disfrute de una independencia nominal. Demasiado débiles para expropiar a los amos, separados de las ciudades por mil influencias y animosidades seculares, impotentes ante el capital que en esos siglos de competencia desenfrenada se forma pronto, los campesinos, para crearse una economía individual no tenían más que esa propiedad comunal a distribuirse entre ellos, si los señores no la habían acaparado aún, y preferían hacer eso y enviar a sus hijos menores y a sus hijas a las ciudades, a las fábricas, a vegetar más tiempo en una inmovilidad secular cuando algunos derechos comunales les guardaban contra la penuria absoluta, pero que eran demasiado pocos para garantizarles una existencia verdaderamente independiente.

Importa poco si esa manera de pensar y de obrar, consciente o inconsciente, de la humanidad de los siglos XVII a XIX era la mejor cosa a hacer y nadie ignora que impuso grandes sacrificios y sufrimientos. Es fácil decir que en su lugar habría debido hacer la revolución social en el siglo XVI — pues en este siglo XX en que sufre tanto, no la hace tampoco, — y sólo un reaccionario diría que habría hecho mejor en continuar la edad media hasta hoy, — y restablecerla en nuestros días, como el fascismo tiene la ambición de hacer. Nosotros no tenemos sino que aceptar como de buen augurio para la libertad futura que la humanidad haya preferido ampliamente la *libertad* a la *tutela* y que haya estado dispuesta a pagar el precio y ahora su parte viable e inteligente conservará su libertad y se tomará su patrimonio social.

En esas condiciones generales que en los años de la revolución francesa influenciaban fuertemente la mentalidad de una parte considerable del pueblo en Francia, ese *reparto de las tierras comunales* que tanto llama la atención de Kropotkin ha parecido probablemente a todos una medida liberal y libertaria, como toda otra medida de divi-

sión de acumulaciones hechas por la fuerza, como la venta de los bienes nacionales, la disolución de las corporaciones, etc., y si Kropotkin no ve en ello más que negros designios de acaparadores, de burgueses, me parece que mira con los ojos del año 1911, en que escribió y no con el espíritu de la mentalidad del año 1792. Cree poder apoyarse en lo que pasaba en Rusia en su tiempo, la llamada reforma agraria de Stolypin, pero separa ambos fenómenos más de un siglo de experiencia económica.

En general, él y otros, según mi opinión, importan demasiado de ideas sociales más modernas en la revolución francesa, que me parece que fué, ante todo, un ímpetu para romper ligaduras y fundar una libertad y dignidad humana mutuamente garantizada y aceptada, una sociedad que no dependiese ya de la buena gracia de la corte y de los nobles, algo como lo que la revolución americana había producido para los Estados Unidos y que las revoluciones de los países latinos de América iban a crear pronto para casi todo el resto del gran continente. Sin duda la democracia autoritaria, tanto para dominar como para defenderse y mantenerse a todo precio, estableció pronto un estatismo feroz, la tiranía de los comités que debía culminar en la tiranía de uno solo, el primer cónsul y el emperador, como la libertad burguesa ha degenerado en capital acaparador y triunfante y como el campesino con muchísima frecuencia ha tratado de ensanchar sus tierras y de enriquecerse — lo mismo que en la América sajona y en la latina. El socialismo no fué entrevisto más que por seres aislados y no se hizo oír más que cuando el monopolio nuevo, político y económico, había echado ya raíces, en tiempos de Babeuf y más tarde, cuando Saint-Simon y Fourier oponían la asociación y la cooperación reflexivas a la concurrencia desenfrenada. En 1792 se creía aún en las independencias económicas que crearían la libertad política, y el fraccionamiento de una parte, aunque pequeña, de patrimonio social, en este caso presente algún terreno comunal distribuido entre los residentes de la comuna, el alquiler o arriendo de porciones de 2, 3 y 4 arpentos de bienes de los emigrados (la otra proposición de François, de Neufchateau, el mismo 14 de agosto de 1792), etc.

No importa, para mí, si en último lugar tales medidas antiolecionistas fueron perjudiciales a las más pobres de las comunas rurales, como lo sabemos ahora después de un siglo de experiencia y de comparaciones internacionales — me parece estar más en el espíritu de las mentalidades de esos tiempos el suponer que se ignoraban esas malas consecuencias y no se ocultaban, pues, designios muy maquiavélicos tras las medidas consideradas liberales y sociales según el grado de conocimientos sociales de esos tiempos, de 1792.

Es inútil decir que estas son consideraciones generales que me hacen dudar del valor de algunos argumentos generales de Kropotkin, que Guillaume no se habría molestado con sus objeciones, si no hubiese creído tener muy buenas razones para hacerlo; esas cartas que Kropotkin habrá conservado, nos quedan aun desconocidas. Soy incapaz de formarme una opinión indiferente sobre los puntos de detalle en litigio. Si, como Kropotkin afirma, Guillaume y los historiadores franceses ignoraban las investigaciones tan numerosas sobre antiguas formas de propiedad territorial co-



lectiva en las Indias, en Rusia, en la antigüedad de los países germánicos, etc., me parece más probable aún que esas concepciones sociales eran rarísimas en la Francia de 1792, donde se tendía por todos los caminos hacia las individualizaciones, las dispersiones y las nuevas independencias, y se cuidaba infinitamente poco de las socializaciones, conservaciones y del tradicionalismo.

En fin, sería muy interesante que un joven historiador nos dijese al respecto cómo se encuentran las investigaciones en este momento en Francia.

M. N.

(O)

LA CANCIÓN DE LOS PANADEROS

*Somos nueve esqueletos demacrados de sueño,
agobiados de tisis en nocturnas faenas;
nueve trozos de vida dentro un sótano inmundado,
recortados al muro por bombitas eléctricas.*

*Con los torsos desnudos tironcamos la masa.
Hechos ganchos los dedos por la ruda faena,
al compás del resuello van y vienen con ritmo
mientras cruje en la hornalla la brazada de
[leña
y el silbato alcahuete de un gendarme en la
[calle,
hace guardia en el sueño de la casa burguesa.*

*Trabajamos la harina, que mañana, allá arriba,
de pancitos calientes llenará la vidriera;
los pancitos rosados como cara de niño
que estarán entre espejos y papeles de seda...*

*Y después, otro esclavo,
con su autómatas y grave repartir reverencias
que le ganan limosnas, servirá entre sonrisas
en los grandes hoteles con plateada bandeja.*

PEDRO GODOY

Avellaneda.

ERRICO MALATESTA:

Sobre el proyecto de organización de la Unión General Anarquista

Cae por casualidad en mis manos (se sabe que en Italia hoy la prensa no fascista no puede circular) un opúsculo en francés con el título: *Plateforme d'organisation de l'Union générale des anarchistes* (Projet).

Es un proyecto de organización anarquista publicado en nombre de un "Grupo de anarquistas rusos en el extranjero", que me parece dirigido más especialmente a los compañeros rusos. Pero trata de cuestiones que interesan igualmente a todos los anarquistas; y es por lo demás evidente, hasta por el idioma en que se ha escrito, que busca la adhesión de los compañeros de todos los países. De todas maneras vale la pena examinar, por los rusos como por todos, si la proposición hecha está en armonía con los principios anarquistas, y por tanto si su realización serviría realmente a la causa del anarquismo.

Los motivos de los compañeros proponentes son excelentes. Justamente lamentan el hecho que hasta aquí los anarquistas no hayan tenido ni tengan sobre los acontecimientos político-sociales una influencia proporcionada al valor teórico y práctico de sus doctrinas, no ya a su número, a su valor, a su espíritu de sacrificio — y piensan que la razón principal de esta relativa falta de éxito es la carencia de una organización amplia, seria, real.

La organización, que por otra parte no es más que la práctica de la cooperación y de la solidaridad, es condición natural, necesaria, de la vida social: es un hecho ineludible que se impone a todos, tanto en la sociedad humana en general como en cualquier grupo de personas que tienen un objetivo común a alcanzar.

No queriendo y no pudiendo el hombre vivir aislado, no pudiendo tampoco llegar a ser verdaderamente hombre y satisfacer sus necesidades materiales y morales más que en la sociedad y con la cooperación de sus semejantes, ocurre fatalmente que los que no tienen los medios o la conciencia bastante desarrollada para organizarse libremente con aquellos con quienes tienen comunidad de intereses y de sentimientos, sufren la organización hecha por otros individuos, generalmente constituidos en clase o grupo dirigente con el fin de explotar en beneficio propio el trabajo de los demás. Y la opresión milenaria de las masas por parte de un pequeño número de privilegiados ha sido siempre la consecuencia de la incapacidad de la mayor parte de los individuos para convenirse, para organizarse con los demás trabajadores para la producción, para el disfrute y para la defensa eventual contra el que quisiera explotarlos y oprimirlos.

Para remediar este estado de cosas ha surgido el anarquismo, cuyo principio fundamental es la organización libre, hecha y mantenida por la li-

bre voluntad de los asociados sin ninguna especie de autoridad, es decir, sin que nadie tenga el derecho de imponer a los demás la propia voluntad. Y es por tanto natural que los anarquistas traten de aplicar en su vida privada y de partido aquel mismo principio sobre el cual, según ellos, debería estar fundada toda sociedad humana.

Por ciertas polémicas puede parecer que hubiera anarquistas refractarios a toda organización; pero en realidad las muchas, las excesivas discusiones que se hacen entre nosotros sobre el argumento, aunque son oscurecidas por cuestiones de palabras, o envenenadas por cuestiones personales, en el fondo se refieren al modo y no al principio de organización. Así ocurre que compañeros que en las palabras son los más adversos a la organización, cuando quieren realmente hacer algo, se organizan como y a menudo mejor que los otros. La cuestión, repito, está en el modo.

Yo por tanto no podría menos de mirar con simpatía la iniciativa de aquellos compañeros rusos, convencido como estoy de que una organización más general, más afianzada, más constante que las realizadas hasta aquí por los anarquistas, si no consigue eliminar todos los errores y todas las deficiencias inevitables tal vez en un movimiento que, como el nuestro, se adelanta de tal modo a los tiempos y se debate por eso entre la incompreensión, la indiferencia y a menudo la hostilidad de la mayoría, sería indudablemente un elemento importante de fuerza y de éxito, un medio potente para hacer valer nuestras ideas.

Yo creo sobre todo necesario, urgente, que los anarquistas se entiendan, se organicen lo más y lo mejor posible para influir sobre el camino que siguen las masas en sus luchas por los mejoramientos y la emancipación.

Hoy la mayor fuerza de transformación social es el movimiento obrero (movimiento sindical) y de su orientación depende en gran parte el curso que tomarán los acontecimientos y la meta a que llegará la próxima revolución. Por medio de las organizaciones, fundadas para la defensa de sus intereses, los trabajadores adquieren la conciencia de la opresión en que yacen y del antagonismo que les divide de sus amos, comienzan a aspirar a una vida superior, se habitúan a la lucha colectiva y a la solidaridad, y pueden lograr conquistar aquellas mejoras que son compatibles con la persistencia del régimen capitalista y estatal. Después, cuando el conflicto se vuelve insalvable, viene o bien la revolución o bien la reacción. Los anarquistas deben reconocer la utilidad y la importancia del movimiento sindical, deben favorecer su desarrollo y hacer de él una de las palancas de su acción, haciendo todo lo que puedan para que, en cooperación con otras fuerzas de progreso existentes, culmine en una revo-

lución social que lleve a la supresión de las clases, a la libertad total, a la igualdad, a la paz y a la solidaridad entre todos los seres humanos. Pero sería una grande y letal ilusión creer, como hacen muchos, que el movimiento obrero puede y debe por sí mismo, a consecuencia de su misma naturaleza, conducir a tal revolución. Al contrario, todos los movimientos fundados sobre los intereses materiales e inmediatos (y no se puede fundar sobre otras bases un vasto movimiento obrero), si falta el fermento, el impulso, la obra concertada de los hombres de ideas, que combaten y se sacrifican en vista de un ideal futuro, tienden fatalmente a adaptarse a las circunstancias, fomentan el espíritu de conservación y el miedo a los cambios en aquellos que consiguen obtener condiciones mejores, y acaban a menudo creando nuevas clases privilegiadas y sirviendo para hacer soportar y para consolidar el sistema que se quiere abatir.

De aquí la necesidad impelente de organizaciones netamente anarquistas que dentro como fuera de los sindicatos luchan por la realización integral del anarquismo y procuren esterilizar todos los gérmenes de degeneración y de reacción.

Pero es evidente que para conseguir sus fines, las organizaciones anarquistas deben estar en su constitución y en su funcionamiento en armonía con los principios del anarquismo, es decir, que no estén de ningún modo impregnadas de espíritu autoritario, que sepan conciliar la libre acción de los individuos con la necesidad y el placer de la cooperación, que sirvan para desarrollar la conciencia y la capacidad de iniciativa de sus miembros, y sean un medio educativo para el ambiente en que obran y una preparación moral y material para el porvenir que deseamos.

¿Responde el proyecto en discusión a estos requisitos?

Me parece que no. Según mi opinión, en vez de hacer nacer en los anarquistas un mayor deseo de organizarse, parece hecho a propósito para avalorar el prejuicio de aquellos compañeros que creen que organizarse significa someterse a los jefes y adherirse a un organismo autoritario, centralizador, sofocador de toda libre iniciativa. Y en efecto, en él son expresos justamente aquellos propósitos que algunos, contra la verdad evidente y a pesar de nuestras protestas, se obstinan en atribuir a todos los anarquistas calificados de organizadores.

Examinemos.

Ante todo me parece equivocada — y en todo caso irrealizable — la idea de reunir a todos los anarquistas en una "Unión general", es decir, como dice el Proyecto, en una sola colectividad revolucionaria activa.

Nosotros, anarquistas, podemos considerarnos todos del mismo partido, si por la palabra partido se entiende el conjunto de todos aquellos que están de la misma parte, es decir que tienen las mismas aspiraciones generales y que de un modo u otro luchan por el mismo objetivo contra adversarios y enemigos comunes. Pero esto no quiere decir que sea posible — y tal vez ni siquiera deseable — reunirnos todos en una misma determinada asociación. Son demasiadas las diferencias de ambiente y las condiciones de la lucha; demasiados los modos posibles de acción que el uno o el otro prefieren, demasiadas también las dife-

rencias de temperamento y las incompatibilidades personales para que una *Unión general*, si es tomada en serio, no se convierta, a parte de un medio para coordinar y sumar los esfuerzos de todos, en un obstáculo a la actividad individual y quizás también en una causa de más ásperas luchas intestinas. Así, por ejemplo, ¿cómo se podría organizar del mismo modo y con el mismo personal una asociación pública hecha para la propaganda y la agitación en medio de las masas, y una sociedad secreta constreñida por las condiciones políticas del país en que trabaja a ocultar al enemigo sus propósitos, sus medios, su personal? ¿Cómo podrían adoptar la misma táctica los *educacionistas*, los cuales creen que basta la propaganda y el ejemplo de algunos para transformar gradualmente los individuos y por tanto la sociedad, y los *revolucionarios*, que están convencidos de la necesidad de abatir con la violencia un estado de cosas que se rige por violencias y crear, contra la violencia de los opresores, las condiciones necesarias al libre ejercicio de la propaganda y la aplicación práctica de las conquistas ideales? ¿Y cómo mantener juntas a personas que por razones particulares no se quieren o no se estiman, y de ningún modo pueden ser igualmente buenos y útiles militantes del anarquismo?

Por otra parte los mismos autores del Proyecto declaran "inepta" la idea de crear una organización que reúna a los representantes de las diversas tendencias del anarquismo. Una organización tal, dicen ellos, "incorporando elementos teórica y prácticamente heterogéneos, no sería más que un amontonamiento mecánico de individuos que conciben de un modo diferente todas las cuestiones referentes al movimiento anarquista y se disgregaría infaliblemente apenas fuese puesta en la prueba de los hechos y de la vida real".

Muy bien. Pero entonces, si reconocen la existencia de anarquistas de otras tendencias, deberán dejar también a éstos el derecho a organizarse a su vez y a trabajar por la anarquía del modo que crean mejor. ¿O pretenderán poner fuera del anarquismo, *excomulgar* a todos aquellos que no aceptan su programa? Dicen que quieren "agrupar en una sola organización a todos los elementos sanos del movimiento libertario; y naturalmente tendrán la tendencia a juzgar sanos solo a los que piensan como ellos. Pero ¿qué harán de los elementos no sanos?"

"LA PROTESTA"
(diario)
y el SUPLEMENTO.
(revista quincenal)

Suscripción mensual a ambas publicaciones, \$ 2.50. — Pago adelantado.

Todo importe remítase a Mariano Torrente. — Perú 1537.

Colaboraciones, notas, convocatorias y todo material de redacción, diríjase a LA PROTESTA.

Ciertamente hay entre los que se dicen anarquistas, como en toda colectividad humana, elementos de diverso valor; y lo que es peor, hay quien pone en giro en nombre del anarquismo ideas que tienen una muy dudosa afinidad con el anarquismo. Pero ¿cómo evitarlo? La *verdad anarquista* no puede y no debe convertirse en monopolio de un individuo o de un comité, ni puede depender de las decisiones de mayorías verdaderas o ficticias. Es necesario sólo — y es suficiente — que todos tengan y ejerciten la más amplia libertad de crítica y que cada uno pueda sostener las propias ideas y elegirse los propios compañeros. Los hechos juzgarán después en última instancia y darán razón a quien la tiene.

Dejemos, pues, la idea de reunir a todos los anarquistas en una sola organización y consideremos esa "Unión general" que nos proponen los rusos por lo que realmente sería, es decir, la Unión de una cierta fracción de anarquistas, y veamos si el modo de organización propuesto es conforme a los principios y a los métodos anarquistas y si podría por eso beneficiar al triunfo de la anarquía.

Una vez más, me parece que no. No dudo de los sinceros propósitos anárquicos de aquellos compañeros rusos: ellos quieren realizar el comunismo anárquico y buscan el modo de llegar allí lo más pronto posible. Pero no basta querer una cosa: es preciso también adoptar los medios oportunos, así como cuando se quiere ir a un lugar es preciso tomar el camino que lleva a él, de otro modo se llega a otro lugar. Así por tanto, siendo típicamente autoritaria su organización, lejos de facilitar el triunfo del comunismo anárquico, a que aspiran, no podría menos de falsear el espíritu anárquico y de llevar a consecuencias contrarias a sus intenciones.

En efecto, su Unión general consistiría en tantas organizaciones parciales como hubiera de secretariados que dirigen *ideológicamente* la obra política y técnica; y para coordinar la actividad de todas las organizaciones adherentes habría un *Comité ejecutivo de la Unión*, encargado de la ejecución de las decisiones tomadas por la Unión "de la dirección ideológica y organizadora de las organizaciones conforme a la ideología y a la línea táctica general de la Unión".

¿Es anarquista eso? Eso, según mi opinión, es un gobierno y una iglesia. Faltan, es verdad, la policía y las bayonetas, como faltan los fieles dispuestos a aceptar la *ideología* dictada, pero eso quiere decir simplemente que su gobierno sería un semillero de cismas y de herejías. El espíritu, la tendencia, son autoritarios y el efecto educativo sería siempre antianarquista.

Ved si no es verdad. "El órgano ejecutivo del movimiento libertario general — la Unión anárquica — introduce en sus filas el principio de la responsabilidad colectiva; toda la Unión será responsable de la actividad revolucionaria y política de cada miembro; y cada miembro será responsable de la actividad revolucionaria y política de la Unión".

Y después de esto, que es la negación absoluta de toda libertad de iniciativa y de acción, los proponentes, recordándose que son anarquistas, se dicen federalistas y truenan contra la centralización "cuyos resultados inevitables — dicen — son

la sumisión y la mecanización de la vida social y de la de los partidos".

Pero si la Unión es responsable de lo que hace cada miembro, ¿cómo puede dejar a los miembros individuales y a los diversos grupos la libertad de aplicar el programa común del modo que crean mejor? ¿Cómo se puede ser responsable de un acto si no se tiene la facultad de impedirlo? La Unión, por tanto, y por ella el Comité ejecutivo, tendrá que vigilar la acción de los miembros y prescribirles lo que deben hacer y no hacer; y como la desaprobación después del hecho no puede sanear la responsabilidad previamente aceptada, nadie podría hacer nada sin haber obtenido el visto bueno, el permiso del Comité. Y por otra parte, ¿puede un individuo aceptar la responsabilidad de las acciones de una colectividad antes de saber lo que ella hará y si no puede impedirle hacer lo que él desaprueba?

Además, los autores del proyecto dicen que es la Unión la que quiere y dispone. Pero cuando se dice voluntad de la Unión ¿se entiende tal vez la voluntad de todos sus miembros? En tal caso, para que la Unión pudiese funcionar sería preciso que todos tuviesen siempre y sobre todas las cuestiones la misma opinión. Ahora bien, si es natural que todos estén de acuerdo en los principios generales y fundamentales, porque de otro modo no se puede suponer que los seres pensantes sean todos y siempre de la misma opinión sobre lo que conviene hacer en todas las diversas circunstancias y sobre la elección de las personas a quien confiar los cargos ejecutivos y directivos.

En realidad — como resulta del mismo texto del proyecto — por voluntad de la Unión no puede entenderse más que la voluntad de la mayoría, expresada por medio de congresos que nombran y controlan el Comité ejecutivo y deciden sobre todas las cuestiones importantes. Los congresos, naturalmente, serían compuestos por representantes elegidos por las mayorías de los grupos adherentes, y esos representantes decidirían sobre la labor a desarrollar, siempre por mayoría de votos. Por tanto, en la mejor de las hipótesis, las decisiones serían tomadas por la mayoría de una mayoría, la cual muy bien puede, cuando las opiniones en contraste son más de dos, no representar más que una minoría.

Hay que observar, además, que, dadas las condiciones en que viven y luchan los anarquistas, sus congresos son también menos realmente representativos de lo que son los mismos parlamentos burgueses, y su control sobre los órganos ejecutivos, si estos tienen poderes autoritarios, difícilmente llega a ser oportuno y eficaz. A los congresos anarquistas va, por lo general, el que quiere y puede, el que tiene o encuentra el dinero necesario y no es impedido por ninguna medida policial; va tanto el que representa un pequeño número de amigos como el que lleva realmente las opiniones y los deseos de una numerosa colectividad. Y salvo las precauciones a tomar contra los tridores y los espías, incluso a causa de esas mismas precauciones, es imposible una seria verificación de los mandatos y de su valor.

De cualquier modo estamos en pleno sistema mayoritario, en pleno parlamentarismo. Se sabe muy bien que los anarquistas no admiten el gobierno de la mayoría (*democracia*), como no admiten el gobierno de pocos (*aristocracia, oligarquía* o dictadura de clase y de partido) ni el de

uno solo (*autocracia, monarquía, o dictadura personal*).

Los anarquistas han hecho mil veces la crítica al llamado gobierno de la mayoría, que por lo demás, en la aplicación práctica, conduce siempre al dominio de una pequeña minoría.

¿Habrá que volverla a hacer para uso de nuestros compañeros rusos?

Ciertamente, los anarquistas reconocen que en la vida en común es necesario a menudo que la minoría se conforme con la opinión de la mayoría. Cuando hay necesidad o utilidad evidente en hacer una cosa y para hacerla se requiere el concurso de todos, los menos deben sentir la necesidad de adaptarse a la voluntad de los más. Y en general, para vivir juntos pacíficamente y en régimen de igualdad, es necesario que todos estén animados por un espíritu de concordia, de tolerancia, de benevolencia. Pero esta adaptación de una parte de los asociados a otra parte debe ser recíproca, voluntaria, derivada de la conciencia de la necesidad y del buen querer de cada uno para no paralizar con su obstinación la vida social; y no ya ser impuesta como prejuicio y como norma estatutaria. Es este un ideal que tal vez en la práctica de la vida social general será difícil alcanzar de modo absoluto, pero es cierto que en toda agrupación humana se está tanto más próximos a la anarquía cuanto más libre y espontáneo es el acuerdo entre mayoría y minoría, y al margen de toda imposición diversa de la que se deriva de la naturaleza de las cosas.

Por tanto, si los anarquistas niegan el derecho de la mayoría a gobernar en la sociedad humana general, en que el individuo es constreñido a aceptar ciertas restricciones, porque no puede aislarse sin renunciar a las condiciones de una vida humana, y quisieran que todo se hiciese por libre acuerdo entre todos, ¿cómo ha de ser posible que adopten el gobierno de la mayoría en sus asociaciones esencialmente libres y voluntarias y comiencen declarando que se someterán a las deliberaciones de la mayoría antes aún de saber cuáles serán?

Se comprende que los no anarquistas hallen que la anarquía, es decir la organización libre sin dominio de la mayoría sobre la minoría o viceversa, es una utopía irrealizable o realizable sólo en un porvenir lejantisimo, pero es inconcebible que el que profesa ideas anarquistas y quiere hacer anarquía, o al menos prepararse seriamente para su realización, hoy más bien que mañana, reniegue de los principios fundamentales del anarquismo en el acto mismo en que se propone combatir por su triunfo.

Una organización anarquista debe ser fundada, según mi opinión, sobre bases muy diversas de las que nos proponen aquellos compañeros rusos.

Plena autonomía, plena independencia, y por tanto, plena responsabilidad, de los individuos y de los grupos; acuerdo libre entre los que creen útil reunirse para cooperar en un objetivo común; deber moral de mantener los compromisos contraídos y de no hacer nada que contradiga el programa aceptado. Sobre estas bases se adoptan después las formas prácticas, los instrumentos apropiados para dar vida real a la organización. Por tanto los grupos, las federaciones de grupos, las reuniones, los congresos, los comités encargados de la correspondencia o de otra cosa. Pero todo



esto debe ser hecho libremente, de manera que no trabe el pensamiento y la iniciativa de los individuos y sólo para dar mayor alcance a los esfuerzos que, aislados, serían imposibles o de poca eficacia.

Así los congresos, en una organización anarquista, aun sufriendo como cuerpos representativos de todas las imperfecciones que he hecho notar, están exentos de todo autoritarismo porque no hacen la ley, no imponen a los demás las propias deliberaciones. Sirven para mantener y aumentar las relaciones personales entre los compañeros más activos, para resumir y fomentar los estudios programáticos sobre los caminos y los medios de acción, para hacer conocer a todos la situación de las diversas regiones y la acción que más urge en cada una de ellas, para formular las diversas opiniones corrientes entre los anarquistas y hacer una especie de estadística de ellas — y sus decisiones no son reglas obligatorias, sino sugerencias, consejos, proposiciones que hay que someter a todos los interesados, y no se vuelven ejecutivas más que para quienes los aceptan y mientras los aceptan. Los órganos administrativos que nombran — comisión de correspondencia, etc. — no tienen ningún poder directivo, no toman iniciativas más que por cuenta de quien solicita esas iniciativas y las aprueba y no tienen ninguna autoridad para imponer los propios puntos de vista, que pueden ciertamente sostener y propagar como grupos de compañeros, pero que no pueden presentar como opinión oficial de la organización. Publican las resoluciones de los congresos y las opiniones y proposiciones que los individuos y los grupos les comunican; y sirven, para quien se quiere servir de ellas, para facilitar las relaciones entre los grupos y la cooperación entre los que están de acuerdo sobre las diversas iniciativas: libre el que quiere, de relacionarse directamente con quien desea, o de servirse de otros comités nombrados por agrupaciones especiales.

En una organización anarquista los miembros particulares pueden profesar todas las opiniones y emplear todas las tácticas que no están en con-

tradición con los principios aceptados y no perjudican la actividad de los demás. En todos los casos, una organización vive mientras las razones de unión son superiores a las razones de disidencia: de otro modo se disuelve y deja el lugar a otras agrupaciones más homogéneas.

Ciertamente la duración, la permanencia de una organización es condición de éxito en la larga lucha que debemos combatir, y de otro modo es natural que toda organización aspire, por instinto, a durar indefinidamente. Pero la duración de una organización libertaria debe ser la consecuencia de la afinidad espiritual de sus componentes y de la adaptabilidad de su constitución a los continuos cambios de las circunstancias: cuando no es ya capaz de realizar una misión útil es mejor que muera.

Aquellos compañeros rusos hallarán tal vez, que una organización como la que yo concibo, y como, más o menos bien, se ha hecho en varias épocas, es poco eficaz.

Comprendo. Aquellos compañeros están obsesionados por el éxito que han tenido los bolchevistas en su país, y quisieran, a manera de los bolchevistas, reunir a los anarquistas en una especie de ejército disciplinado, que bajo la dirección ideológica y práctica de algunos jefes, marchase compacto al asalto de los regímenes actuales y dirigiese luego, una vez obtenida la victoria, la constitución de la nueva sociedad. Y quizás es verdad que con aquel sistema, si fuese posible que los anarquistas se prestasen a él y los jefes fuesen hombres de genio, nuestra eficiencia material sería más grande. Pero, ¿con qué resultados? ¿No ocurriría al anarquismo lo que ha ocurrido en Rusia al socialismo y al comunismo?

Aquellos compañeros están ansiosos de éxito y nosotros lo estamos también; pero para vivir y vencer no hay que renunciar a las razones de la vida y desnaturalizar el carácter de la eventual victoria.

Nosotros queremos combatir y vencer, pero como anarquistas — por la anarquía.

TALLERES GRAFICOS

DE

"LA PROTESTA"

Se hace toda clase de trabajos de imprenta y encuadernación

LIBROS, FOLLETOS, REVISTAS, PERIODICOS, ESTATUTOS, CARNETS, CARTELES, MANIFIESTOS, PROGRAMAS, PAPEL CARTA, FACTURAS, RECIBOS, ESTAMPILLAS DE COTIZACIONES, SELLOS DE GOMA, CLISES, FOTOGRAFADOS Y ESTEREOTIPIAS

RUDOLF ROCKER

La crisis económica actual y sus causas

La llamada racionalización de la economía que se evidencia hoy en todos los países organizados según las bases capitalistas en formas por completo determinadas, es en realidad sólo uno de los numerosos fenómenos de las condiciones económicas generales que se manifestaron después de la guerra mundial. Por ese motivo esa forma especial de la moderna vida económica sólo se puede abarcar y juzgar justamente en el cuadro de las condiciones del presente; como problema separado apenas se puede tratar.

Después de la guerra se habló a menudo de una "crisis mortal del capitalismo". Como palabra de orden político esa frase banal desempeña todavía un cierto papel en algunos círculos del actual movimiento obrero, lo que no impide que a pesar de todo sea una afirmación vacía, sin contenido, cuyo influjo temporal en los espíritus se puede explicar simplemente por las circunstancias caóticas que salieron a relucir en todas partes después de la gran matanza popular. Los acontecimientos revolucionarios en la Europa central, pero en particular la gran conmoción social-política de Rusia, despertaron por un tiempo en las filas del proletariado europeo, la fundada esperanza en el estallido inmediato de una revolución mundial en el espíritu del socialismo, un deseo que era muy comprensible después de las horribles experiencias de la guerra. Y como se creía estar ya en los umbrales de la revolución mundial, como ocurre casi siempre en situaciones idénticas, el deseo se convirtió en padre del pensamiento; en cada fenómeno del organismo económico caído en el desorden se vió un síntoma de una crisis mortal del mundo capitalista, como no podía ser de otro modo en las circunstancias de entonces.

Pero las fáciles esperanzas de aquel tiempo no se han realizado, y hasta los optimistas más inconmovibles tienen que hacerse poco a poco al hecho de que el armazón del orden social y estatal capitalista se encuentra sin embargo más firme de lo que parecía y que seguramente resistirá aun más de una tempestad.

Los pocos, cuya mirada penetró en lo profundo de las cosas, tuvieron incluso que reconocer que el propio movimiento obrero, gracias a su conformación espiritual y táctica de los últimos cincuenta años, ha contribuido no poco, aun cuando lo haya hecho contra su voluntad, a consolidar y a hacer más resistente el armazón del orden capitalista del mundo, al convertirse en un elemento del mismo cada vez más firmemente arraigado en él y poco a poco necesario. La actitud de la gran mayoría de las asociaciones obreras, sindical y políticamente organizadas, durante la guerra, y la orientación peculiar de su política práctica en casi todos los países demuestran clarísimamen-

te que nuestra interpretación no es una afirmación vacía o un desconocimiento malévolo de los hechos reales.

El aburguesamiento del movimiento obrero general, cada vez más amplio, que se puede constatar en la mayoría de los países, no sólo le privó del profundo reconocimiento de sus verdaderos intereses, sino que le quitó también la capacidad para toda acción creadora y constructiva. En todas partes en donde los trabajadores, inspirados por pequeñas minorías, durante los acontecimientos revolucionarios de los últimos años, hicieron ensayos prácticos en el sentido del socialismo, el éxito fué puramente negativo. Somos ciertamente los últimos en desestimar las dificultades especiales que se pusieron en el camino de tales ensayos; pero eso no modifica en nada el hecho incontrovertible que la causa principal de todos los fracasos hay que buscarla en la incapacidad administrativa y organizadora de los trabajadores, que en sus asociaciones sindicales y en sus partidos políticos no fueron educados nunca para tal misión. Después de todas las amargas experiencias del período revolucionario de la post-guerra, sería un funesto autoengaño, sino algo peor, el querer desconocer esto.

La evolución entera de todo el movimiento obrero en la mayor parte de los países después de la descomposición de la vieja Asociación Internacional de los Trabajadores, es responsable en primera línea de esta situación. Por una parte, no se elevó más allá del nivel de las demandas ordinarias de salario y de las reformas prácticas del día; por otra parte el espíritu socialista del movimiento se empantanó en los canales de la política burguesa, que consumió continuamente toda su atención y no le dejó ni tiempo para pensar en el problema de una reorganización socialista de la sociedad, ni para una educación práctica y constructiva de las masas en ese sentido. Así en realidad no se salió de las estrechas fronteras de las condiciones dadas en el actual sistema del salario y se soñó con una conquista del poder político donde sin embargo habría debido ser punto central el problema de la conquista de la tierra y de los instrumentos del trabajo, punto central a cuyo alrededor debió girar toda la acción y el pensamiento de los trabajadores. Ese funesto abandono de una educación verdaderamente socialista de la clase obrera tuvo que advertirse en todas partes durante el período tempestuoso de la post-guerra, y tampoco la revolución fué capaz de suplantar la falta de esa educación.

Las revoluciones no pueden hacer más que desarrollar gérmenes que ya existen y han penetrado en la conciencia de las masas; pero por sí solas no pueden crear esos gérmenes y formar nuevos

mundos de la nada. Por eso la revolución en este caso sólo podía efectuar una modificación de las formas políticas y ayudar a nuevos partidos a escalar el poder; pero los fundamentos del organismo económico quedaron inmunes, y todos los ensayos prácticos en ese dominio se estrellaron en la incapacidad de los trabajadores, que esperaban la salvación de la nueva forma del Estado.

Ya por este motivo es absurdo fantasear sobre una crisis mortal del capitalismo, de la que sólo se podría hablar cuando grandes masas de obreros estuviesen espiritualmente conformadas y prácticamente preparadas para una transformación realmente socialista. Únicamente quien no tiene ninguna idea de los movimientos internos de la vida económica actual o especula con la ignorancia de las grandes masas para emplearlas en alguna finalidad político-partidista, puede hoy hablar de tales cosas. En realidad el capitalismo ha entrado sólo en una nueva fase de su desenvolvimiento, cuyos efectos para la situación general del proletariado podrían ser más amenazadores que todas las formas de su pasado, y esto tanto más cuanto que la escisión interna sin precedentes de las clases laboriosas paraliza toda resistencia energética y consciente contra las nuevas formas de la organización económica capitalista y la condena de antemano al fracaso. Al que, naturalmente, está habituado a contemplar siempre los fenómenos de la vida social a través de las gafas coloreadas de las teorías doctrinarias y hace surgir en todas partes "necesidades históricas" y "advenimientos forzados", el mundo se le aparecerá, claro está, bajo otra luz. Esto puede ser en sí y por sí muy interesante; pero con ello no se abarcan las fuerzas impulsivas de la vida social; sólo se llega de ese modo a inevitables sofismas y a falsas presunciones que tienen que demostrarse funestísimas para el proletariado.

Estrictamente no se puede hablar hoy siquiera de una crisis internacional de la economía, dejando ya a un lado lo de la crisis mortal del capitalismo. Las palabras *crisis económica mundial*, que repiten hasta la saciedad los escritores del día y los políticos económicos, no corresponden de ninguna manera a los hechos reales y obra confusionalista y extraviadoramente. En el mejor de los casos se podría hablar de una crisis de la economía europea, pero no de una crisis en la economía mundial general. Los Estados Unidos de América del Norte están actualmente en condiciones económicas realmente brillantes y no parece que allí, en un tiempo más o menos largo, se produzca un cambio de consideración. Igualmente se encuentra una serie de otros países americanos en un período innegable de progreso de su evolución económica. Lo mismo se puede decir del África del Sur, de Australia, de la India, de China, del Japón y de otros Estados asiáticos. Incluso la actual crisis financiera del Japón se puede atribuir en gran parte a las catástrofes devastadoras de los terremotos de los últimos años, de que resultaron víctimas enormes valores materiales; pero apenas podrá modificar algo en el florecimiento industrial de aquel país.

Pero hasta para la situación económica actual de Europa la denominación de crisis apenas es la expresión exacta. Una crisis significa siempre una paralización temporal en el dominio del comercio y de la producción, provocada por determinadas perturbaciones del organismo económico, pertur-



baciones que después de un tiempo mayor o menor son superadas. Casi todas las crisis dentro del orden económico capitalista son producidas por un exceso aparente de la producción, de tal modo que ya Charles Fourier pudo hablar de una "crise plethorique", llamando así la atención sobre uno de los mayores absurdos del capitalismo. Naturalmente ese exceso es siempre de naturaleza artificial y desaparecería en el momento en que fuese accesible a las necesidades de la generalidad.

Una crisis dentro de la economía capitalista está siempre, pues, ligada a un cierto tiempo. Así fué al menos hasta aquí en todas las llamadas crisis que visitaron periódicamente al mundo capitalista. En los fenómenos económicos que se advierten por todas partes hoy en Europa, se trata, si no mienten todos los signos, notoriamente de una especie de estado permanente, cuyo fin por ahora no se entrevé, y que es condicionado por otros factores que sólo podrían ser superados a lo menos en parte por una completa renovación del sistema capitalista de Europa.

La verdadera causa de la actual situación económica de Europa se puede atribuir a una fuerte dislocación del equilibrio económico, un hecho que se manifiesta cada vez más claramente y en el que en última instancia encuentra su motivo también la llamada racionalización de la economía. Esa dislocación es una consecuencia directa de la guerra mundial y de sus resultados inmediatos. Europa ha perdido su predominio económico, que había sabido sostener hasta el estallido de la guerra en la producción y en el comercio mundiales, y es repelida cada día más por Estados Unidos. Y no sólo por Estados Unidos; también África del Sur, Australia y los pueblos asiáticos desempeñan en este proceso un papel cada vez más activo, aun cuando allí se trata por ahora sólo de ciertas ramas de industria. Pero el comienzo está ahí, y ningún poder del mundo es capaz de hacerle retroceder.

Si se quiere uno formar una idea clara de la parte decreciente de Europa en la producción y el comercio mundiales, y de la influencia creciente de América y de los países asiáticos, échese una mirada al siguiente cuadro estadístico:

PORCENTAJE EN LA PRODUCCION MUNDIAL

	Europa	Estados Unidos	Asia
	1913-1925	1913-1925	1913-1925
Producción de mat. primas	43.4-38.7	26.8-20.7	20.7-22
Cereales	50 -46.3	33.1-37	8.1- 7.9
Metales	52.3-40.8	42.5-50.8	3.4- 4.5
Carbón	51 -47	43 -44	4.5- 6.5
Petróleo	21.6- 8.1	64.5-70.65	6 - 6.6
INDUSTRIAS:			
Acero	56 -46	43 -52	0.5- 2
Hierro bruto . . .	58 -47	41 -49	1 - 3
Maquinarias . . .	47 -37.5	52 -61	1 - 1.7
Industrias elec- trótécnica	69.4-47.6	29 -48	1.6- 3
Ind. química . . .	65.5-49	34 -48	1.5- 3
Ind. algodónera . .	53 -41	26 -27	20 -27
Seda artif. . . .	92.5-71.5	6.4-27.5	— - 1
Const. navales . .	87.8-87.6	8.3- 5.9	1.9- 2.5
Tonelaje naval . .	80 -63	11.5-22.8	3.8- 7.6
Comercio mun- dial	58.5-50.4	14 -18.5	12.3-16.5

Europa, como lo muestra la estadística anterior del modo más palpable, ha retrocedido cada vez más en las más importantes ramas industriales frente a América, y es más que dudoso que pueda reconquistar el terreno perdido. Al contrario, todos los signos muestran que el avance de Estados Unidos en el dominio de la producción mundial en el futuro hará mayores progresos todavía, y que en un tiempo no lejano marcharán los Estados Unidos también en primera línea en el comercio mundial. Y en eso no podrán cambiar mucho los pequeños éxitos que pudo mostrar la industria alemana durante los últimos años.

Aparte de su posición actual como banquero mundial, a lo que contribuyó también la guerra, posee Estados Unidos enormes riquezas naturales, sobre las que apenas se podría formar una concepción exagerada. Además, con sus veintiocho Estados representa una unidad económico-política, que no está desmenuzada económicamente por pesadas y paralizadoras barreras aduaneras y no puede ser amenazada en su evolución económica por esta parte. Pero Europa, empobrecida por la guerra y que ha perdido a causa de ella una buena parte de sus anteriores mercados, se descompone en treinta y siete grandes y pequeños Estados que se amargan la vida recíprocamente por el alto proteccionismo y los tratados comerciales a largo plazo y con ello contribuyen continuamente a obstaculizar el desenvolvimiento económico. En este concepto la situación se ha empeorado después de la guerra, añadiéndose por el desarrollo de una serie entera de nuevos Estados a las fronteras y a las barreras aduaneras ya existentes, otras 11.000 millas. Todos estos Estados están armados hasta los dientes, en tanto que a los vencidos de la guerra mundial no se les impide hacerlo por el tratado de paz de Versalles en gran parte, y emplean anualmente once mil millones de marcos oro de sus ingresos totales en armamentos y otros fines militares, una suma que en consideración a las terribles condiciones económicas y a la deses-

perada miseria de las grandes masas tiene que aparecer justamente como una locura.

Si además de esa desmenuzación desesperante de las fuerzas económicas se toman en consideración las heridas que la guerra infirió a los diversos países, así como la fuerza decreciente de compra de las masas, que particularmente en Alemania llegó a una depresión funesta, apenas se podría suponer que Europa consiga reconquistar jamás sus perdidas posiciones económicas frente a los Estados Unidos en los cuadros de la economía capitalista. A eso hay que añadir además que los Estados Unidos no reciben casi nada más en materias primas de Europa, sino que cubren sus necesidades con importaciones de América del Sur y del Asia oriental, como lo estableció hace poco el delegado inglés Leyton en la conferencia económica de Ginebra.

Pero ahora el aparato mecánico del proceso productivo de que Europa dispone actualmente está técnicamente mucho más perfeccionado y no puede, en las actuales condiciones, ocupar tanto personal como sería menester. En general ese fenómeno puede atribuirse al desarrollo unilateral de la industria en el período del capitalismo a costa de todas las demás ramas de producción; pero su causa inmediata hay que buscarla en el hecho de que los países beligerantes, hicieron durante la guerra exigencias colosales a la capacidad productiva de las más importantes industrias para poder atender a las necesidades militares de los diversos Estados. Por otra parte la guerra, que interrumpió durante cuatro años las relaciones entre los pueblos, en especial en los países neutrales, que antes cubrían cierta parte de sus necesidades con las importaciones de los grandes Estados industriales, dió incentivo a la fundación de industrias independientes a fin de independizarse económicamente. En el caso de Alemania se tiene además que una parte considerable del capitalismo, desconociendo por completo los hechos económicos, instaló durante el período de inflación sus establecimientos del modo más ampuloso, para lo cual entonces se necesitaban proporcionalmente pocos medios. Si además de eso se tiene en cuenta que para los grandes Estados industriales de Europa, pero principalmente para Alemania, la parte oriental del continente europeo, especialmente Rusia, tanto en calidad de mercado como de fuente de materias primas, ha sido excluida por largos años e incluso hoy, a pesar del progreso innegable de la economía rusa en lo que a la importación y a la exportación se refiere, está más atrás de Dinamarca; si se tiene eso en cuenta se comprenderá exactamente la gravedad de la situación económica en que ha caído Europa después de la guerra.

El resultado fué que los establecimientos industriales de la mayor parte de los países europeos no pudieron utilizar completamente su capacidad técnica de producción a causa de la dislocación del equilibrio económico que se produjo después de la guerra. Por ejemplo los telares ingleses de algodón trabajaron casi cinco años por término medio sólo de treinta a treinta y dos horas por semana. Los establecimientos de la industria europea de las máquinas ocupaban en 1925 sólo el 77 por ciento de sus obreros de antes. En la industria del acero se ocupaba por el mismo tiempo sólo un 60 o/o del personal anterior. Igualmente las cosas en muchas otras ramas de producción. Así, como consecuencia directa de esas

PAUL GILLE

El simplismo individualista y la concepción organicista del mundo

Nada es más actual que la cuestión del individualismo. Domina, más que nunca, nuestra vida colectiva. Es la cuestión social misma, en sus datos efectivos.

Es, en efecto, repetir una verdad banal decir que el régimen inestable, el régimen de crisis periódicas, el régimen caótico en que vivimos, es un régimen individualista.

El individualismo está en la base de la organización social actual y la rige enteramente: derecho de propiedad, legislación penal, moral del "cada uno para sí", institución del numerario — todos los elementos orgánicos, todos los elementos característicos de nuestro estado social reposan sobre esta concepción simplista que destaca al hombre del ambiente y lo hace un ser metafísico, una mónada, una entidad absolutamente independiente y que lo saca todo de sí misma, enclaustrada irremisiblemente en un egoísmo herético.

Ciertamente, la realidad, más rica que todas las abstracciones, desborda por todas partes de un cuadro que no está hecho a su medida. Pero ese es el esquema, el esqueleto, el borrador de nuestra sociedad.

Este principio de soberanía absoluta del yo, algunos, sin embargo, que se creen innovadores, pero que no son en realidad más que los extremistas del régimen actual, pretenden vivirlo hasta en sus últimas consecuencias.

condiciones, tuvo que surgir aquella monstruosa desocupación que pesa hoy sobre todos los países de Europa. El número de los desocupados en los distintos países europeos alcanza actualmente a unos diez millones. Si a ellos se agregan las familias, tenemos de 20 a 30 millones de personas afectadas por esa espantosa epidemia social.

Era opinión de los técnicos que para suprimir ese mal, como en general para crear mejores condiciones económicas, no había más que un medio conveniente: la racionalización sistemática de la economía. Por eso se acogió ese método nuevo al principio no sólo por el capitalismo, sino también por vastas capas del proletariado sindicalmente organizado, con manifiesta simpatía, particularmente en Alemania, donde la racionalización, como en ningún otro país de Europa, adquirió grandes proporciones, de las que nos ocuparemos más adelante en especial. Justamente en Alemania se hicieron más evidentes, que en ninguna parte los resultados del proceso de la racionalización tanto para el proletariado, como para el capitalismo, y aunque el proceso no ha terminado todavía, en base a las experiencias de los últimos años estamos completamente en situación de poder apreciar la significación social del nuevo sistema para todas las partes.

No hacen, por lo demás, cuando hablan, más que descubrir — a su manera la mayoría de las veces — como Maquiavelo y tantos otros una tradición tan vieja como la humanidad.

Lo que ellos afirman, lo que proclaman más o menos francamente, más o menos integralmente, es la independencia absoluta del individuo, es el derecho natural de cada uno a obrar a su modo, a vivir su vida individualmente, es decir sin composición con el no-yo, con lo que no es uno mismo y el buen placer propio.

Ese absolutismo, ese simplismo egotista ¿no es, en su principio, el que presidió la organización social actual?

¿Y no está, además, emparentado, como él con ese otro individualismo que se expresaba hace 23 siglos en la divisa cínica: "Bástate a tí mismo" y en el famoso discurso sobre los cabellos del filósofo Yang-Tchu? (1).

El mismo olvido de la solidaridad natural, de la solidaridad indefectible que liga a los hombres entre sí. El mismo ideal, la misma ambición de atrincherarse, aparte, en el orgullo de su torre de marfil o de su capa desgarrada. La misma concepción egoísta de la vida.

Hay diferencia, sin embargo, en este sentido, que el individualismo contemporáneo es de carácter filosófico más frondoso, más crecido que el individualismo antiguo, y eso es lo que va a permitirnos una confrontación más cerrada y más decisiva con el buen sentido, esclarecido por los datos actuales de la ciencia y de la filosofía científica.

La primacía del yo encontró, en efecto, en nuestra época un apoyo nuevo en la filosofía subjetivista que se ha desarrollado luego y bajo la influencia del espiritualismo cristiano.

Es a partir de Kant y de la escisión radical establecida por él entre lo subjetivo y lo objetivo que el subjetivismo envenenó verdaderamente el pensamiento filosófico. Pero desde hacía mucho tiempo la tendencia se anunciaba, se preparaba, se afirmaba aquí y allí en prodromos característicos, la enfermedad se incubaba: la revolución espiritualista operada por el cristianismo y el platonismo le había hecho inevitable.

El protestantismo — sin remontarnos más arriba — ¿no era ya una forma de individualismo religioso, una forma tímida aun del "cada uno para sí", aplicado a la interpretación de los libros sagrados? Pero ese no era más que un individualismo restringido, un subjetivismo relativo, un escepticismo parcial: es en Descartes, en realidad, donde vemos apuntar, al mismo tiempo que un escepticismo completo, la primera afirmación de un subjetivismo radical. Descartes no sale de su yo más que apelando a la veracidad divina. Y nosotros podemos comprender en él, sobre lo vivo, la verdadera génesis, la verdadera

fuenté del absolutismo del yo. El escepticismo, el escepticismo aplicado a todo el conjunto del mundo exterior, a todo el conjunto del no-yo, he ahí, en último análisis, el generador, el factor eficiente del subjetivismo y del individualismo moderno, en su expresión más perfecta.

Stirner fué el representante más notorio y el teórico más reputado de ese individualismo perfecto, completo, intransigente. Pero ¡cuántos pequeños Stirners germinaron a su sombra, en la época de la gran boga de su libro, resucitado del olvido en que había caído desde su publicación! ¡Cuántos otros han renacido después, que continúan fielmente, servilmente, la tradición!

He conocido en otro tiempo, por mi parte, entre muchos otros ejemplares del mismo género, uno de esos maníacos del yo, que, a propósito de todo, y fuera de propósito también, se había habituado a repetir: "Yo no conozco más que mi yo". Sin embargo un día ese Marphurius encontró a Sganarelle y la réplica del buen sentido soberano; y desde ese día su convicción pareció menos vacía: tuvo consideraciones para el no-yo.

Estos, sin embargo — y Stirner el primero — son, a pesar de todo, hay que agregarlo, habladores inconsecuentes, incontinentes de la palabra. Porque si fuera verdad que el egoísmo desenfrenado es la ley de la vida, ¿no sería absurdo, no sería contradictorio proclamarlo o simplemente divulgarlo a su alrededor? Mucho más lógicos, en verdad, serían los que se callan y obran sin vanos escrúpulos, como lo han hecho, en el curso de los siglos, todos los superhombres, todos los dominadores, todos los "amos" de la humanidad, que han sabido guardar un juicioso silencio.

Peró ese frenesí del yo ¿es viable? Solipsista o pluralista, ese egoísmo hermético ¿no es inadecuado a la realidad de las cosas? ¿No está en contradicción con la naturaleza profunda del hombre, con la esencia misma de la vida, con las leyes de la física misma?

Como ha escrito Fouillée, comentando la obra admirable de Guyau (2): "El sistema nervioso no se concibe ya hoy más que como la sede de fenómenos cuyo principio supera con mucho el organismo individual: la solidaridad domina la individualidad. Es tan difícil circunscribir en un cuerpo viviente una emoción estética, moral, religiosa, como circunscribir el calor o la electricidad; los fenómenos físicos e intelectuales son igualmente expansivos y contagiosos". En una palabra, para usar una frase del mismo Guyau, el individuo que se consideraba como aislado, encerrado en su mecanismo solitario, apareció como esencialmente penetrable a las influencias ajenas, solidario de las otras conciencias, determinable por sentimientos impersonales" (3).

"Es preciso vivir su vida", nos han repetido a porfía, como un leit-motiv, los chantres del individualismo. Pero ¿con qué rima esa fórmula? ¿A qué responde, en el estado actual de nuestros conocimientos, ese cliché, que puede, sin duda, satisfacer a la innumerable tribu de los logógrafos, pero que no tiene, por el contrario, ningún sentido aceptable para quien investiga y escruta, concienzudamente, la realidad bajo las palabras y sabe que "en la naturaleza, como en la sociedad humana, que no es otra cosa que esa

misma naturaleza, todo lo que vive no vive, como escribía Bakunin, más que con la condición suprema de intervenir, del modo más positivo y tan poderosamente como implique su naturaleza, en la vida de los otros?"

Sí, "la libertad misma de cada individuo, como lo dice muy justamente Malatesta, no es más que la resultante, reproducida continuamente, de esa masa de influencias materiales y morales ejercidas sobre él por todos los individuos que le rodean, por la sociedad en que nace, se desarrolla y muere. Querer escapar a esa influencia por medio de una libertad trascendente, divina, absolutamente egoísta y suficiente para sí misma, es la tendencia al no ser; querer renunciar a ejercerla sobre los demás significa renunciar a toda acción social, a la expresión misma de sus pensamientos y de sus sentimientos y se resuelve también en el no ser. Esta independencia tan alabada por los idealistas y metafísicos y la libertad individual concebida en ese sentido, son, pues, la "nada".

¿Cómo, desde entonces, no calificar, con Bakunin, de sofistas y de tontos "a los que ignoran las leyes naturales y sociales de la solidaridad humana hasta el punto de imaginar que una absoluta independencia mutua de los individuos y de las masas sea una cosa posible", y llegan así a hacer del egoísmo la ley suprema de la vida?

Utopía, pues, e ilusión pura, ideal irrealizable, contra-natural, malsano, el aislamiento individualista y el culto al egoísmo, el culto al yo. Ideal que no puede traducirse en la práctica más que por la restricción de sí mismo, por la atrofia de la sensibilidad y el debilitamiento de la razón, órgano de ajuste de nuestra actividad.

Nuestra época, como lo preveía Guyau "por descubrimientos en el mundo moral tan importantes como los de Newton y Laplace en el mundo sideral: los de la atracción de las sensibilidades y de las voluntades, de la solidaridad de las inteligencias, de la penetrabilidad de las conciencias".

Y los átomos mismos, así como lo subraya recientemente M. Mie en un notable estudio publicado por la revista *Scientia* (4), los átomos, al cesar de ser, según la concepción del atomismo antiguo (que apenas era la del atomismo contemporáneo) de los corpúsculos netamente limitados y bien distintos, separados por un espacio vacío, se han convertido, a los ojos de la física experimental, que se basa en hechos probatorios, en verdaderas concreciones de éter, que los une sin hiatus, y los hace comunicar entre sí.

La concepción individualista y absolutista del mundo — simplista y caótica — se ha substituído así por una concepción organicista que, al lado de la ley de autonomía, puesta en evidencia por Galileo, vuelve a encontrar y reconoce en todas partes la acción, ineluctable, de la solidaridad universal.

El hombre, en lo sucesivo, no aparece ya como una unidad simple, como un absoluto que no se revela más que a sí mismo, sino como un ser compuesto (5), autónomo ciertamente, y personal, pero enlazado, asociado orgánicamente, por mil lazos naturales, profundos, indefectibles, a todos sus semejantes y formando, en cierto modo,

cuerpo con ellos. Término último de la serie de los vertebrados, el desarrolló normal de su sistema nervioso hace de él el más comunicativo y el más receptivo de los seres pensantes. La expansión completa de su ser no es posible más que en la solidaridad. Y el altruismo se afirma, al lado del egoísmo, como una ley de su naturaleza.

La sofística individualista y las instituciones que resultan de ella, el escepticismo en todos sus grados y bajo todas sus formas, la fobia del no-yo, pueden, evidentemente, tener la prueba bajo los ojos, faltar ese equilibrio normal de la naturaleza humana. Pero éste no conservará menos sus virtualidades profundas; la solidaridad orgánica que une a los hombres entre sí será siempre generadora de simpatía, de esa simpatía en cierto modo física que hace que un ojo sano, por ejemplo, fuera de todo contagio, tiende, como lo saben los fisiólogos, a ponerse al unísono con su congénere enfermo; la sensibilidad moral, así, no será nunca completamente sofocada, no será nunca aniquilada hasta en sus fuentes, y el amor radical, como la impassibilidad atarácica, quedarán siempre vanas imaginaciones de metafísicos. El principio "de cada uno para sí" es, en el fondo, se puede decirlo, un absurdo psicológico.

Lo que nos aporta, en realidad, la evolución actual de los espíritus, no es de ningún modo la ruina de todo sentimiento moral; no es tampoco "la anomía moral" y el desencadenamiento desordenado de los instintos; no es el reino del impulso, del impulso sin freno; es el desarrollo del libre examen y de la autonomía, es decir de la disciplina personal; es la conciencia de la pluralidad del alma y la supremacía de la razón discriminadora, de la razón que ajusta la acción; es el advenimiento de una moral natural, adogmática, racional, y verdaderamente humana, tan refractaria a los "cada uno para sí" del individualismo

como a las injunciones tiránicas de un solidarismo ciego e inconsiderado.

(1) Si sacrificando uno solo de tus cabellos pudieras salvar el universo, no habría que sacrificarlo, — decía Yang-Tchu.

(2) Alfred Fouillée: *La Morale, l'art et la religion d'après Guyau*, pág. 18.

(3) Guyau: *El arte desde el punto de vista sociológico*.

(4) Marzo de 1925.

(5) Se conoce la teoría celular emitida por Raspail y hoy fuera de duda. Se conoce tal vez mejor la teoría del polizoísmo, del inmortal Durand de Gros, y su pendiente psicológica, la teoría del polipsiquismo.

"ANARQUISMO Y NACIONALISMO"

E. Nido - R. Rocker - Nemo
(Polémica sobre la actitud de los anarquistas frente a las corrientes nacionalistas)

64 págs. en 8.0 — Precio: 20 cts.

En el primer aniversario de la muerte de Nido y a beneficio de su familia.

Pídase a esta Administración o a los agentes y paqueteros de LA PROTESTA.

Guilda de amigos del libro

De acuerdo a la iniciativa lanzada en esta revista, se han llevado a cabo varias reuniones en Buenos Aires y en algunas localidades con el objeto de dejar constituida la Guilda de los amigos del libro. Su objeto principal consistirá en arbitrar medios con que fomentar la realización del programa de la "Editorial La Protesta", concentrándose por el momento en la edición de las obras de Max Nettlau y en la prosecución de las de Bakunin. No será una editorial más; será un vehículo para la difusión de la literatura libertaria en todos los países de habla española.

La idea fué acogida con simpatía. En el próximo número daremos los estatutos definitivos, el nombre de la comisión nombrada y haremos mención de los primeros pasos que se den para la materialización práctica del fomento de las ediciones de buenos libros. Un núcleo de compañeros deseosos de llevar su contribución de esfuerzos a esta obra, esfuerzos de administración como intelectuales y de trabajo material, se agruparán en torno a la Guilda de los amigos del libro, que será así una nueva institución viviente del anarquismo militante.

Se reconoció unánimemente la urgencia de estas ediciones para ofrecer a la reacción un frente de lucha y de resistencia en el terreno del pensamiento.

En esta revista podrán seguir los simpatizantes de la Guilda, su desarrollo, sus proposiciones y sus realizaciones.

Se necesita, para la marcha regular de la institución de fomento de la literatura anarquista, una base de mil suscriptores fijos. Y esos han de conseguirse, seguramente, en este país y sin salir del propio ambiente.

GIGI DAMIANI

El Grillete y el Galeote

PERSONAJES:

- El representante de Honduritas
- Seis mosqueteros que aullan
- Tres ujieres que no hablan
- El jefe de gabinete
- El periodista lapón
- El fotógrafo
- El dictador
- Gloriola
- Voces de la muchedumbre

ESCENA PRIMERA

Los ujieres y el dictador

(En el gran escritorio estilo Imperio, todo el mobiliario será estilo Imperio... con algunas churrigeradas futuristas; uno en el ángulo derecho y otro en el ángulo izquierdo, los bustos de Julio César y Napoleón I.; detrás del sillón en que se sentará el dictador, una enorme estatua en yeso de la Victoria alada. En las paredes tapices y un gran espejo. En el suelo alfombras. Gran puerta al fondo con cortina de terciopelo, pequeña puerta de servicio a un lado; por otra parte, bien vi-



servicio. Rumor del tanque de agua del Watter Closet, que se vacía. La pequeña puerta rechina, los tres ujieres se ponen tiesos, serios, cejijuntos. El dictador entra, está en mangas de camisa y sale abrochándose los tirantes. Lleva pantalones negros, chaleco blanco, polainas grises, elegancia desmañada. Se detiene ante los ujieres y les mira torvamente, después se rasca el cráneo calvo por delante, perplejo, como si reflexionara en un grave problema de Estado; al fin se decide por la chaqueta de Orleans).

El dictador— (Gravemente) Por ahora esta. (A los ujieres) También la indumentaria, métoslo bien en la cabeza, tiene sus momentos históricos, o la historia es de todos los momentos, es lo que aquellos desmedulados de mis antecesores no han comprendido nunca. (El ujier le ayuda a endosarse la chaqueta. A un duro gesto del dictador los tres ujieres salen en fila, uno tras otro, por la puerta de servicio. Paso acompañado). ¡Cuán rectos marchan! En otra ocasión se habrían ido arrastrando los pies y después hay quien duda todavía de los grandes resultados del nuevo régimen obtenidos en el vasto campo de la disciplina de los funcionarios estatales. (Imitando con una cierta ostentación el modo de caminar atribuido a Napoleón en la escena, da algunos pasos por la gran sala. Después se detiene ante el gran espejo y queda un instante mirándose cejijunto). ¡Hasta la palidez del hombre fatal! Evidentemente. (Hablando a la propia figura reflejada en el espejo)- Tu cara es como para ser transmitida a la posteridad. ¡Y la transmitiremos, no hay que dudar! (Se aproxima al escritorio y hace un gesto de menosprecio al busto de Julio César). ¡Imbécil! No supiste prever a Bruto; y sin embargo se fabricaban también entonces cotas de malla de acero. (Volviéndose al busto de Napoleón). Y tú, idiota, te dejas-



sible una gran ventana abierta sobre un balcón. Tres ujieres muy galoneados, en fila, sostienen cada uno en el brazo extendido, objetos de indumentaria. El primero una chaqueta de Orleans, el segundo una camisa de legionario y un par de polainas de montar, el tercero un pomposo uniforme de primer ministro y una falúa adornada con una gran pluma de avestruz. Los tres ujieres se hacen señas cómicamente comprimiendo con esfuerzo la risa y señalando la pequeña puerta de

te atrapar por los ingleses... Yo, en cambio, los meteré en vereda. Los meteré en vereda a todos... (Sonriendo a la estatua de la Victoria) porque nosotros dos estamos definitivamente de acuerdo. ¿No te he valorizado tal vez? (Se sienta). Y ahora al trabajo, que el mundo espera perplejo... (Oprime un botón en un timbre colocado sobre el escritorio. Sopido lejano. El dictador cruza los brazos sobre el pecho mirando con ceño severo).

ESCENA SEGUNDA

El dictador y el jefe de gabinete
Jefe (Afanado y ceremonioso). —¡Excelencia! (Se queda tieso como un soldado en firme)

Dictador— Veamos un poco. Una pregunta, a propósito. ¿Cuántos telegramas de felicitación han llegado en el curso de la noche por el peligro pasado?

Jefe— Tres mil, Excelencia.

Dictador— ¿Treinta mil? ¡No son muchos que digamos! ¿Y todas las provincias han respondido con la misma solicitud y el mismo fervor? Dígame toda la verdad. Yo amo la verdad.

Jefe— Algunas, en verdad, no obstante las solicitudes y exhortaciones, están en retardo.

Dictador— ¿Y me lo dice con quella faccia?... (Furioso puñetazo sobre el escritorio) ¡Boia del signore! No admito retardos cuando se trata de manifestaciones espontáneas y plebiscitarias. ¡Señálemelas esas provincias! ¡Cambiaré los prefectos y haré dimitir a los secretarios del partido. El afecto de las poblaciones hacia mi persona debe ser cultivado, estimulado, no sofocado... ¿Quién está allí?

Jefe. —Todos los subsecretarios.

Dictador. —¡Globos inflados!

Jefe. —...El Prefecto...

Dictador. —¡Un reblandecido!

Jefe. —...El Cuestor...

Dictador. —¡Scarpia da strapazzo! Que vaya cada cual a su oficina. Que se me quiten de encima. Estoy indignado, indignadísimo. Esta mañana no había ni siquiera trescientas personas a lo largo del Corso para saludarme. ¡Y se pagan mil! Diga a aquellos rufianes del régimen que si entran aquí les rajo el hocico. ¡Que se vayan! Telefonaré mis órdenes.

Jefe. —Está también el secretario general del partido para el informe habitual.

Dictador. —¡Que deje sus apuntes! Estoy cansado de perder el tiempo con esos idiotas que se dan ciertos aires y creen en serio que son algo... Naturalmente, hará comunicar usted a los periódicos que los he recibido a todos; y que me he interesado mucho por sus charlas. No quiero ofender susceptibilidades de cretinos natos. Además, es necesario que las naciones y el mundo entero sepan que trabajo mucho y que atiendo personalmente todo asunto de Estado, sea pequeño o sea grande. No por mí; por el prestigio del régimen. ¿Y ningún... personajillo extraordinario?

Jefe. —He hecho quedar sólo a dos: el Representante de Honduritas, y un periodista lapón, un tal Kaikumef.

Dictador. —¿Han sido controlados?

Jefe. —Controladísimos, y por las tres policías; por la del partido, por la del Estado y por la par-

ticular. Sobre el Representante de Honduritas ha dado también buenas informaciones el provincial de la Compañía de Jesús.

Dictador. —¡Buena gente! Hay que desconfiar siempre de esos buenos padres. Si pudiese los haría empajar. Les he concedido lo inverosímil y se presentan siempre con nuevas pretensiones.

Jefe. —Sirven al régimen con mucho celo.

Dictador. —¿No será usted uno de ellos?



Jefe. —Decía por decir.

Dictador. —Esos no se sirven más que a sí mismos. Les conozco, ¡y si no fuera por ciertas necesidades políticas! Pero, se equivocan si piensan en serio meterme en el puño. Soy capaz de inventar una nueva religión y de hacerme proclamar papa. Soy capaz de todo. ¿Lo duda tal vez?

Jefe. —En efecto, Excelencia, usted es verdaderamente un hombre extraordinario, para el cual no existe nada imposible.

Dictador. —Admiro su perspicacia. Pienso muy a menudo en sus méritos, no lo dude, estoy reconocido. ¿Y aquellos dos son maleables?

Jefe. —El Representante de Honduritas no ha podido pagar todavía al hotelero. Los pesos que le dió su gobierno para los gastos de representación se los gastó con una cocotte de segunda categoría (no era el caso de recurrir a la nobleza) que le hemos puesto al lado. En cuanto al periodista parece que no tiene ni siquiera dinero para pagarse el billete de regreso a su país y anda estafando comidas a sus colegas.

Dictador. —Perfectísimamente. Se le pagarán las deudas al primero y se anticipará dinero al segundo. Pero los hará entrevistar antes usted, se arreglará de acuerdo al entusiasmo que nos dediquen. Es mi formidable política; Europa la conoce y tiembla... ¡Ah! a Europa la tengo en el puño. Hará entrar, pues, al representante de Honduritas, y luego, cuando eleve el tono de la voz, introducirá al fotógrafo. A propósito, esa col de Honduritas ¿dónde se encuentra precisamente? ¿En el fondo de Asia? ¿Ha sido visitada ya por Marco Polo? ¿Tiene alguna especialidad que le distingue?

—Jefe. —Es una, republiqueta sin importancia de América del Sur. Se hacen allí tres revoluciones por año.

Dictador. —¡Porque no estoy yo allá!

Jefe. —Produce una excelente calidad de bana-

nas y de pimientitos muy picantes. Ninguna industria, aparte de lo bastante rudimentaria de la fabricación de unos curiosos sombreros de paja de arroz. Eso es lo que ha podido descubrir nuestra oficina especial de informaciones internacionales después de una larga investigación.

Dictador. — ¡Benísimo! Es preciso demostrar que somos la nación mejor informada. En cuanto haya salido el Representante de Honduritas, hará entrar al periodista lapón, y cuando levante la voz de nuevo, otra vez el fotógrafo. Que éste permanezca en el palacio todo el día y que no se atreva a irse inoportunamente como hizo ayer. Cuando vino aquella señora escandinava él estaba vergonzosamente ausente. Así, pues, los periódicos no han podido dar una ilustración del homenaje de las mujeres escandinavas al hombre más interesante de la época presente. Dirá además al fotógrafo que haga revelar de inmediato las placas. Quiero verlas reproducidas en los diarios de la tarde. He dicho. ¡Vaya!

(El Jefe de Gabinete saluda como habitúan a hacerlo los comparas cuando se representan tragedias y óperas que recuerden episodios de la época greco-romana y en las cuales obran como masas de esclavos. El Dictador no responde siquiera al saludo, sino que recogiendo algunos papeles de encima de la mesa finge examinarlos con mucha atención.)

ESCENA TERCERA

El dictador, el representante de Honduritas, el jefe de gabinete y después el fotógrafo.

Jefe. — *(Levantando la cortina)* Don Pedro de las Montañas Amarillas y de Santa Cruz la Rubia. Excelentísimo representante en misión de la república de Honduritas. *(Una vez dentro Don Pedro, deja caer la cortina, desapareciendo.)*

El R. de Honduritas. — *(Se inclina varias veces, mientras el dictador se levanta rígido y ceñudo haciendo apenas un gesto de acogida)* Excelencia: Soy muy feliz por haber obtenido, antes de volver a Honduritas, una audiencia de un hombre de gobierno verdaderamente fenomenal; tengo el honor, el alto honor...

Dictador. — El honor es todo mío. Tenga la bondad de sentarse. ¿Honduritas? La conozco bien, y desde hace muchos años me intereso por sus asuntos. Un gran país...

Rep. de Hon. — ... ¡Veintidós kilómetros cuadrados!

Dictador. — ... con el que quiero mantener las más cordiales relaciones.

Rep. de Hond. — Sus palabras me conmueven; las repetiré allá, donde sería necesario un hombre de su pulso y dotado de su genio ¡Ah! Bendita de Dios su patria.

Dictador. — En todas las naciones sería necesario un hombre como yo, pero no hay que desesperarse. Sé que aquel país está en pleno desarrollo.

Rep. de Hond. — En cinco años, no obstante haber tenido trece revoluciones, de 6.532 habitantes hemos llegado a 7.020

Dictador. — Continúen así. Malthus ha sido un imbécil. El porvenir pertenece a los pueblos prolíficos. Yo admiro a los pueblos que aumentan y soy el protector por elección y el amigo natural

de todas las pequeñas naciones. Estipularé un tratado de comercio con Honduritas, considerándola nación privilegiada. Pienso también en un pacto de amistad. Lo pensaba desde hace tiempo, pero yo no improviso mi política. Dígallo allá, importaremos sus admirables sombreros de paja de arroz que testimonian la genial laboriosidad del artesano.

Rep. de Hond. — ¿Sabe usted eso?

Dictador. — Yo lo sé todo y me intereso por todo. Y para cargar sus deliciosas bananas y sus ardientes pimientos, haré atracar todos los meses una de nuestras formidables naves mercantes en sus puertos.

Rep. de Hond. — ¡Hay! Pero es que no los tenemos...

Dictador. — Los tendréis; yo no hablo en vano. Yo me empeño en apoyar una solicitud vuestra sobre una desembocadura al mar. Dígallo allá, y diga también lo que ha admirado aquí. Cuando ocupé el poder todo era desorden, indisciplina, mala voluntad y miseria; ahora en cambio todo marcha ordenada y activamente. Los trenes caminan y llegan a horario. ¡Dígallo allá!

Rep. de Hond. — ¡Oh! ¡Grandes cosas, grandes cosas! Un servicio maravilloso de policía. Es verdaderamente sorprendente; aquí todos hacen de espías, jóvenes y viejos, con una emulación realmente admirable; muchos impuestos; huelgas pro-



hibidas, orden perfecto, y un solo partido, y... palos a los adversarios que tardan en convertirse. Además, mujeres estupendas, que entre un beso y otro le hacen a uno la apología del gobierno, del gobierno que ha cerrado los cabarets y ensayado el prestigio de nuestra Santísima Religión. Claro está que lo diré allá.

Dictador (Elevando la voz) — ¡Benísimo! Usted es un diplomático que ve claro. ¡Benísimo!

Jefe. *(Entra soltando seguido del fotógrafo)*. — Perdon, Excelencia, si interrumpo. El fotógrafo de uno de los mayores cotidianos ruega vivamente a su Excelencia que le permita grabar en la placa fotográfica este momento histórico en que dos pueblos amigos...

Dictador. — Yo aborrezco cada vez más estas exterioridades provincianas. Pero el de hoy es un caso excepcional. *(Al representante de Honduritas)* ¿Usted consentirá, no es así?

Rep. de Hond. — Es un honor para mí... un gran honor para mí y para Honduritas... *(El fotógrafo, mientras tanto, dispondrá el caballete y la máquina).*

Dictador. — Le haré recibir después una copia con mi firma autógrafa y un saludo para el gran pueblo de Honduritas.

Rep. de Hond. — ¡Cuánta bondad!

Fotógrafo. — Excelencia, ¿se digna acomodarse?

Dictador. — ¡Acomodarme? ¿Es decir, posar? ¡No faltaría más! Nada de pose. ¡Por favor! No sé posar. Sencillez, naturalidad. ¡Y, además, entre dos naciones amigas! *(Hablando habrá llegado a colocarse ante el escritorio, cerca del representante de Honduritas. Cruzará los brazos sobre el pecho, agachará un poco la cabeza mirando de abajo arriba.)*

Fotógrafo. — Bien... así... un poco a la derecha.

Rep. de Hond. — ¡Y yo?

Fotógrafo. — Perdon, me había olvidado de usted; así como está, quedé sentado. Mire a su Excelencia. Un poco de admiración en la mirada. Así... bien... ¿listos? Uno, dos, ¡hecho! *(El dictador vuelve a su puesto, mientras el fotógrafo con el aparato replegado, se apresura a salir. El Jefe de Gabinete queda en la puerta.)*

Dictador. — He ahí consignado nuestro encuentro para la historia. La fotografía documenta nuestra amistad.

Jefe. — Excelencia, me tomo la libertad de recordar a usted que...

Dictador. — ¡Oh! cómo corre el tiempo. Querido embajador, no tengo ni un momento de reposo. ¡Imagínes! Cinco ministerios sobre la espalda. El orden interno, las complicaciones internacionales, la organización política, la sindical. Cien personas por lo menos que debo recibir en el día; mil pequeños y grandes asuntos que atender; una infinidad de iniciativas a las cuales debo dar una orientación consonante con el régimen. Luego, una hora de ejercicio a caballo, la lección de esgrima, un poco de música para calmar los nervios, y un libro, un libro al día para leer, sin contar los mayores diarios del universo entero. Y siempre con el pulso de la nación entre los dedos para sentir sus latidos.

Rep. de Hond. — ¡Admirables! ¡Sorprendentes fenómenos! Y pensar que un desgraciado hace dos días intentó...

Dictador. — ¡Por favor! No hablemos de seme-

jantes miserias. Se trata de un episodio al que no he dado ninguna importancia. Mis enemigos pierden su tiempo. Yo soy insustituible, invulnerable. Me lo dijo una gitana. No recuerdo ahora dónde ni cuándo; pero me lo dijo. No moriré de muerte violenta. De cualquier modo, mis hombres son tremendos; se ha hecho de inmediato justicia sumaria, y eso por aquel mismo pueblo que se pretende que lo tengo en la más dura esclavitud. Esclavo mío, por exceso de afecto hacia mí, ciertamente, lo es. Dígallo allá, y diga que no olvido a Honduritas. *(Se pone de pie. Al jefe de Gabinete)*. Nuestra nación es tan rica ahora como cuando dominaba el mundo. *(Al Rep. de Honduritas)* Yo la he hecho otra vez rica. ¿Cómo? Con una sucesión de empréstitos internos de gran éxito... los del exterior no los cuento, no tienen importancia; cada uno de ellos absorbió la deuda precedente, postergando los pagos a una época lejana. Una obra maestra de osadía financiera, que ha dejado embobado a mi ministro de finanzas. Soy un gran financista y un gran economista y juego con las cifras. Dígallo allá. *(Al Jefe de Gabinete)*. Podemos, por tanto, volver a los viejos usos, los de los tiempos imperiales, tratando como a príncipes a los embajadores de las naciones amigas. Dará pronto órdenes al respecto. *(Al Rep. de Honduritas)* Le estrecho la mano sinceramente admirado de su grandeza política y de su elocuencia taciturnana. ¡Requédeme a su pueblo!...

Rep. de Hond. — Tanta amistad para Honduritas, cuya alianza ofensiva y defensiva le aseguro, hace estallar de alegría mi corazón. Que Dios conserve a su Excelencia, que, como Tito, merece ser llamado "Delicia del Género Humano"... Recordaré siempre, recordaré siempre... *(Se ajea seguido del Jefe de Gabinete, haciendo varios inclinaciones)*.

Dictador. — ¡Uff!... Estoy lleno. ¡Pero es así como se hace construir la casa, incluso por personas que parecen respetables e insospechables! *Mo ne strafego io* de Honduritas! Pero los diarios de hoy tendrán tres buenas columnas sobre mi genio político, sobre mi cotidiana actividad. Y ahora trabajemos al lapón. Es un periodista y conozco la especie...

ESCENA CUARTA

El dictador, el jefe de gabinete, Kaikumef, el periodista lapón y el fotógrafo.

Jefe. — El señor Kaikumef, redactor en misión del órgano especial y oficial del gobierno lapón, "La Luna del Mediodía", el más importante, también el único diario de Laponia.

Dictador. — Conozco ya de nombre al señor Ka...ka...

Jefe. — ... Kumef.

Dictador. — Precisamente, Kumef; y he tenido ya ocasión de observar la importancia del periódico a que pertenece.

Kaikumef. — Excelentísimo señor primer ministro: yo me posterno de alma y cuerpo...

Dictador. — Estoy confundido... Pero, sientésese y discurremos buenamente. Tengo diez minutos para usted y para Laponia.



¿Laponia? ¡Un gran país! Diez minutos; quisiera concederle más, pero me es imposible. ¡Imagínese! Cinco ministerios sobre la espalda. El orden interno, las complicaciones internacionales. Cien personas que recibir; mil pequeños y grandes asuntos que atender, después una hora de ejercicio a caballo, la lección de esgrima, un libro al día que leer, sin contar los mayores cotidianos del mundo entero que hojeo atentamente. Y siempre con el pulso de la nación entre los dedos para sentir sus latidos.

Kaikumef. —¡Qué actividad maravillosa! y pensar que un delincuente...

Dictador. —¡Por favor! No hablemos de semejantes miserias, un episodio al cual yo no he dado ninguna importancia. Mis enemigos pierden su tiempo. No sólo soy insustituible, sino también insuprimible, invulnerable. Me lo dijo una gitana. No moriré de muerte violenta ¡nunca! Dígalo allá, y repítalo en todas partes. Yo, media hora más tarde, no me habría recordado de aquel incidente, si el pueblo que dicen que es esclavizado por mí, no se hubiese levantado compacto, unánime a demostrar todo su afecto, todo su reconocimiento, trascendiendo a un cierto número de represalias que sólo mi prestigio ha podido hacer cesar.

Kaikumef. —No sólo el pueblo que usted con su genio y con su brazo ha elevado de nuevo a los antiguos esplendores medioevales...

Dictador. —¿Cómo dice?

Kaikumef. —...Imperiales, quería decir; sino todos los pueblos de la tierra han agradecido al altísimo por la protección que evidentemente le concede.

Dictador. —Lo ha dicho también el gran Archimandrita. ¡Dios me protege! Tal vez porque me debe mucho. Pero en lo sucesivo seré tan poderoso que hasta podría pasarme sin la protección divina. Dígalo allá, donde tal vez me conocen poco.

Kaikumef. —Puedo asegurarle que toda la Laponia lo ama y lo admira. Su fotografía se encuentra hasta en la cabaña de los esquimales entre los trofeos de cuerno de reno.

Dictador. —¡Ah! ¡Laponia!, grande y heroico país, cuya historia milenaria... soy entusiasta de ella. Dígalo allá, tal vez un día iré a visitarla. Cuando haya realizado mi obra inmortal. Dígalo allá y diga en su periódico que mi más vivo deseo es concluir un pacto de amistad con su país, con el cual, por lo demás, mantengo relaciones cordialísimas...

Kaikumef. —Lo diré, Excelencia; hablaré de su cordialidad, de la popularidad que disfruta, del gran bien que ha hecho a su país, del consentimiento general que le asiste...

Dictador. —¡Benissimo! (Alza la voz). ¡Benissimo!

Jefe. (Con gran rapidez). —Perdón, Excelencia, si interrumpo... Está el fotógrafo de uno de nuestros principales cotidianos, el cual...

Dictador. —He comprendido. Quiere retratar al colega. Pues bien, hágalo entrar; aborrezco ciertas ostentaciones provincianas. Pero entre colegas, por un colega... (Fotógrafo entra y dispone el caballo y la máquina). Pero le recomiendo que no se sirva de la copia que le haré entregar como recuerdo personal, con mi firma autógrafa y con un saludo para el gran pueblo lapón, para robar

espacio a "La Luna del Mediodía".

Kaikumef. —Es precisamente lo que haré.

Dictador. —¡Ah! vosotros los periodistas sois siempre poco discretos; también yo, por lo demás, era así. Por eso he querido disciplinar la prensa. Disciplinarla, no suprimirla. Si aquí entre nosotros no se publican más periódicos de oposición, es porque no tenían más lectores. Pero pensaré en hacer que se vuelva a publicar alguno...

Kaikumef. —Entre nosotros se publica un solo periódico y lo edita el gobierno.

Dictador. —Así, nosotros, vosotros y Rusia hemos realizado un gran progreso social y político eliminando los peligros que proceden de la licencia periodística. Turquía y España están con nosotros...

Fotógrafo. —Excelencia, tenga la bondad de acomodarse.

Dictador. —¡No faltaría más! Quedo donde estoy. Es ridículo posar. Naturalidad... (Apoya los codos sobre la mesa y el mentón sobre la palma de la mano. La habitual mirada de abajo a arriba). Y usted, colega, mfreme...

Fotógrafo. —Bien, así... ¿Prontos? Uno, dos... ¡Hecho! (Recogerá después sus cosas, yéndose).

Dictador. —Y ahora, querido colega, debo hacerle presente con disgusto que estos son los pocos instantes durante los cuales mi espíritu reposa. Pero no me pertenezco ¿Ve ahí? Doscientas provisiones que leer y firmar... después al ministerio de la guerra; después al ministerio de la marina; después al del interior; después... No puedo invitarlo siquiera a comer. Tomaré dos bizcochos en el auto. Hasta la vista, colega, y recuérdeme a los lapones, como un grande y viejo amigo suyo.

Kaikumef. —¡Ah! Excelencia, parto de aquí profundamente conmovido; no tendré palabra para recordar dignamente estos minutos que harán época en mi vida.

Dictador. —No exagere, colega... (Al jefe de Gabinete). Que el señor sea tratado como un huésped ilustre. Que sea hospedado y viaje a expensas del Estado... Colega, nuevamente...

Kaikumef. —¡Oh! Excelencia... conmovido, conmovido. He visto un gran hombre, el más grande hombre de nuestros días. Me prosterné, me prosterno...

(El Jefe de Gabinete acompañará al periodista hasta la puerta, después, una vez caída la cortina sobre éste, preguntará al Dictador).

Jefe. —¿Tiene órdenes que darme?

Dictador. —No estoy visible para nadie más. Aunque viniere el Padre eterno en persona, póngalo en la puerta. Trabajo, diga a todos que trabajo en algo extraordinario que sorprenderá al universo. Puede ser indiscreto. Preparo el año imperial, pero antes tendremos la batalla de la tumba y también la de la remolacha... Comuníqueme mientras tanto a las oficinas de la prensa las dos visitas de esta mañana. Pacto de amistad con Honduras... Admiración de Laponia. No olvide que aquel diplomático de opereta me ha llamado delicia del Género Humano. Como Tito. Tito el emperador y no Tito Livio Cianchettini. No confunda. Agregue que el estafador del periodista lapón ha asegurado que yo soy el ídolo de los esquimales ¡Vaya!... llamaré... (El Jefe de Gabinete saluda con el gesto habitual y sale).

(Concluirá)

Falso concepto de la vida

El hombre, de buen o mal grado, se somete actualmente, no a la razón, sino a las reglas exteriores de la vida tal como ha sido siempre y es ahora en cualquier sociedad humana.

Estas reglas que le sirven de guía, no tienen explicación alguna razonable, pero, sin embargo, ellas nos dan la clave de la mayor parte de los actos de todos los hombres. Tales reglas las constituye el hábito de vida de las sociedades humanas, hábito que impera con tanto más poder sobre los hombres cuanto menos comprenden el sentido de su vida misma. Lo que sirve de guía al hombre no puede ser definido con exactitud porque se compone de actos y cosas de la mayor diversidad, según el tiempo y el lugar. Consiste para los chinos en la manera de encender y colocar los cirios en el altar de los muertos; para los mahometanos en la peregrinación a determinados sitios; para los indios en un cierto número de oraciones; para el soldado, en la fidelidad a la bandera y el honor del uniforme; para el hombre de mundo en el duelo; para el montañés en la venganza. Es la costumbre de comer ciertos manjares en determinados días, en un modo particular de criar los niños, es, en fin, las visitas, el arreglo de las habitaciones, según usanzas especiales, la celebración de los funerales, de los nacimientos y de las bodas; en resumen, una multitud de acciones y de procedimientos que abarcan toda la vida. Se da a todo esto el dictado de conveniencias sociales, de costumbres, y con frecuencia el pomposo título de deber, y todavía más, de deber sagrado.

He aquí todo lo que regula la conducta de la mayoría de los hombres.

Desde la infancia, el hombre advierte a su alrededor gentes que cumplen esas reglas con mucha firmeza y solemnidad. Falta de una racional explicación del sentido de la vida, no sólo se resuelve al cumplimiento de esos mismos actos, sino que además se esfuerza en atribuirles un sentido razonable. Tiene necesidad de creer que los que cumplen tales reglas saben por qué y con qué fin hacen lo que hacen. Trata de persuadirse así de que aquellas acciones arrancan de un sentido razonable verdaderamente y que este sentido, aunque un poco oscuro para él, es muy claro para los demás. Pero la mayor parte de los hombres carecen al propio tiempo de semejante explicación racional del sentido de la vida y se hallan, por tanto, en el mismo caso que el individuo aislado. Si cada uno por separado realiza tales cosas es únicamente porque todos se figuran que los demás conocen ese sentido y exigen aquella realización. Así, a fuerza de inducirse mutuamente un error, no tan solo se habitúan los hombres cada vez más a ejecutar actos desprovistos de todo sentido razonable, sino que

también se acostumbran a atribuirles no se sabe qué significación misteriosa, incomprensible para ellos mismos. Y cuanto menos comprenden el sentido de sus actos, cuanto menos diáfanos se les presentan, tanta más importancia les dan, mayor es su solemnidad al ejecutarlos. El rico y el pobre no hacen más que lo que ven a su alrededor: a semejante conducta se le llama cumplimiento del deber, deber sagrado. Se dice para tranquilizarse, que actos ejecutados durante tanto tiempo por tal número de hombres, revestidos de tan grande importancia, son indudablemente la verdadera materia de la vida. Cada cual, hasta la edad más avanzada, hasta la muerte, se esfuerza por persuadirse de que él mismo no sabe por qué vive, pero que lo saben los demás, cuando estos son, en realidad, igualmente ignorantes respecto a este punto.

Nuevos hombres entran en la existencia, nacen y crecen y como ven esa agitación febril a la que se da el nombre de vida, agitación en la que toman parte hasta los ancianos de blancos cabellos, respetables y venerados, se convencen pronto de que ese insensato batallar es la vida y de que realmente no hay otra, marchándose del mundo después de haberse atropellado en sus umbrales. Es lo mismo que haría un hombre que, ignorante de lo que es una asamblea, se imaginase que la multitud que se estruja vivaz y ruidosamente a las puertas de la asamblea era la asamblea misma y volviese sobre sus pasos, después de haberse estrujado entre la muchadumbre, con los huesos magullados y la firme convicción de haber formado parte de una asamblea.

L. T.

LA CONCEPCION DEL ESTADO EN LOS ESCRITORES ESPAÑOLES DEL SIGLO XIV

En la literatura política española del siglo XVI se encuentra, no sólo una corriente de ideas que propicia la comunidad de los bienes, sino también un pensamiento anties-tatista marcado. He aquí un ejemplo:

Suárez, el gran escritor político, resucitando hoy por infinidad de admiradores, decía: "La cuestión es si los hombres, hablando por solo la naturaleza de las cosas, pueden mandar a los hombres, obligándoles con leyes propias. La razón de dudar de esto es que el hombre, de su naturaleza, es libre y a nadie sujeto, sino sólo a su Creador; luego el principio humano es contra el orden natural y encierra tiranía"...



BIBLIOGRAFIA

A. Mueller Lehning. — *Anarcho-Syndicalisme*, 31 págs. gr. 8° Amsterdam.

El compañero Mueller Lehning, uno de los jóvenes valores intelectuales del anarquismo en Holanda, muy activo sobre todo en el terreno de la propaganda antimilitarista, resume en este folleto, de la mano de materiales selectos la doctrina del anarco-sindicalismo, término que prefiere al de sindicalismo revolucionario, ya que este último no implica necesariamente una definición ante el problema capital del Estado. Esa palabra no nos satisface a nosotros, porque nuestras condiciones son distintas, pero la orientación expuesta en este folleto viene a ser, en líneas generales la nuestra también, la de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Pedro Campon. — *Le moderne Hippocrate. Comedie espagnole satirique en un acte*. 44 págs. Bruselas 1927.

A. Souchy. — *Schreckensherrschaft in Amerika*. 144 págs. Verlag Der Syndikalist, Berlin. Precio en rústica: dos marcos.

El compañero Agustín Souchy, secretario de la A. I. T., ha hecho en las páginas de este libro un resumen oportuno y útil sobre los crímenes legales en Estados Unidos. Se ha valido para ello de la obra de John Anderssons: *Wallstreet blodiga vaelde*, escrita en sueco.

Para dar una idea del contenido de los hechos resumidos por Souchy, transcribimos el sumario:

Introducción. — El terror social en Estados Unidos. El dominio del terror en América. La huelga de los obreros de los campos de lúpulo. Infamia jurídica contra Rangel, Cline y compañeros. Las grandes luchas en Colorado. El asesinato legal de Joe Hill. Las luchas sangrientas de Everest. Golpe aniquilador contra los I. W. W. El candidato a presidente pre-

so. La Standard Oil Company contra las organizaciones obreras revolucionarias. Un procedimiento judicial americano típico. Destierros y asesinatos durante la huelga de las minas de cobre en 1917. La defensa silenciosa. Más violencias. Los hechos sangrientos de Centralia. Después de los acontecimientos de Centralia. El asesinato legal de Sacco y Vanzetti. La lucha sangrienta en Butte, Montana, en 1920. El terror en West Virginia. La huelga general de los mineros. El sauzamiento continúa. El terror blanco (Ku-Klux-Klan). William D. Haywood. Mother Jones.

Por el sumario se advierte que el libro no trata sino de los últimos tres lustros. Es una preciosa acusación contra el régimen de la plutocracia yanqui y su aparición no podía ser más oportuna, cuando la muerte de Sacco y Vanzetti ha recorrido un poco el telón sobre un país que pretendía cubrirse con el manto de una supuesta democracia.

F. O. R. A.: *Simón Radowitzky, el vengador y el mártir*, por D. A. de Santillán. 32 págs. Buenos Aires, 1927.

Luis Fabbri: *Influencias burguesas sobre el anarquismo*. 48 págs. Precio, 20 centavos. Editorial La Protesta, Buenos Aires, 1927.

Simón Radowitzky: *La voz de mi conciencia*. 2ª edición. Editorial La Protesta, Buenos Aires, 1927. Precio: 10 centavos.

Pedro Maino: *La Ponzoña*, drama en un acto y dos cuadros 13 páginas en 4.º — San Pedro, 1927.

La ponzoña describe la tragedia de una noble vida troncada en flor por una enfermedad fatal; obrira escrita con vivacidad y cariño. Su autor no es un desconocido en nuestro ambiente y algunas de sus novelas han adquirido una difusión bien merecida.

Se vende en nuestra administración al precio de 20 centavos.

Los différents visages de l'anarchisme. 72 págs. Fragmentos de Stephen T. Brynngton, Edw. Carpenter, J. H. Mackay, Wm. C. Owen, Henry Seymour. Con

traducción y prólogo de E. Armand. Editions L'en dehors, Paris-Orleans.

Rudolf Roker: *Die Rationalisierung der Wirtschaft und die Arbeiterklasse*. 84 págs. en 8º mayor; Der Syndikalist, Berlin, 1927.

A. Souchy: *Sacco und Vanzetti. Zwei Opfer amerikanischer Dollarjustiz*. 46 págs. 8º mayor, Der Syndikalist, Berlin, 1927.

Protokoll über die Verhandlungen vom 16. Kongress der F. A. U. D. 80 págs. 8º mayor. Der Syndikalist, Berlin.

Die All. Arbeiter Union (E. O.): Was sie ist und was sie will! 16 págs. 8º. Proletarischen Revolution; Frankfurt, 1927.

Carmelo Freda: *La superioridad de la lucha de clases*. 32 págs. "La Palestra", Buenos Aires, 1927.

Biblioteca "El Porvenir" *Simón Radowitzky*. 16 págs. Santa Fe, 1927.

Henri Guernut. *Une affaire Dreyfus aux Etats-Unis: L'affaire Sacco et Vanzetti*. 77 páginas. Ligue des Droits de l'homme, Paris, 1927.

PERIODICOS RECIBIDOS
Los Libertarios del Sud. I-2, octubre 12 de 1927. Encarnación (Paraguay).

—*La lotta umana*, rassegna bimensile anarchica. I-1, 1.º de octubre Paris

Le Libertaire ("El Libertario"), continuación de *Tiempos Nuevos*; I-1, 7 de octubre, Paris.

—(o|o)—

Almanaque ilustrado Hispanoamericano para 1928 (año XIX de su publicación). 384 págs., con numerosas ilustraciones. Casa Maucci, Barcelona. Precio, 2 pesetas.

Hemos recibido este almanaque, confeccionado desde hace 19 años por José Brissa. La regularidad de su publicación es el mejor testimonio de su utilidad y amenidad.

Panaít Istrati: *Sotir el libre*, novela. Trad. de J. Elizalde, Ediciones Ética, 32 págs. Barcelona, 1927. Precio 25 céntimos.

Congreso de la nación: *Comisión del seguro nacional*. Información general y documentos legislativos (dos fascículos. 235 págs., en 4.º), Buenos Aires, 1927. En el primer fascículo se encuentra un estudio sobre la evolución y actualidad del seguro social, por Augusto Bunge.

Editorial y librería LA PROTESTA



Tercer tomo de las obras completas \$ 1.50

Encuadrado en tela \$ 3.50



Un tomo en rústica \$ 1.20
" " encuadrado en tela . . . \$ 8.50
" " papel pluma \$ 2.—

Los camaradas del exterior pueden conseguir esta revista dirigiéndose a las direcciones siguientes:

NORTE AMERICA

LANGELOTH — PA.

David Alonso — Box 75.—

STEBENVILLE (Ohio)

R. Lone. P. O. Box 256.

NUEVA YORK

"Cultura Proletaria" — 139 7 th. Ave.

DETROIT, MICH

"Cultura Obrera"

P. O. Box 1342.

FRANCIA

PARIS

Librería Internacional. 72, Rue des Prairies

LYON

C. de E. Sociales, 86 Cours Lafayette.

PERPIGNAN

A. Mongot. Rute du Vernet núm. 52.

ESPAÑA

BARCELONA

Tomás Herrero. Cadenas 39.

PORTUGAL

LISBOA

Américo Villar — Rua da Paesesa 8-10.—E.

MEXICO

MEXICO — D. F.

Sindicato de Zapateros — Dolores, 8

José González — Avd. Chapultepec, 282—

M. Rodó — Librería "Ariel" — Avd. 5 de Mayo N.º 16. —

MONTERREY

R. Banajas. Washington 156.

CHILE

SANTIAGO

Luis H. Heredia, Correo 3, Casilla 5015

BULNES

Javier Urrutia A., Casilla núm. 1.

ANTOFAGASTA

M. Esprella.

URUGUAY

MONTEVIDEO

Américo Cabrera, Correo de La Teja —

José Sastre. — La Marsellaise 392.

FRAY BENTOS

F. Scalmazzini — Calle 33 N.º 129. —

ECUADOR

GUAYAQUIL

Rafael D. Aguirre, Gral. Córdoba 310 —

EDITORIAL "LA PROTESTA"

HISTORIA

M. Nettlau.—

Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873).— 132 páginas en 8.º mayor, 1925, \$ 0.50

Edición especial en papel pluma, \$ 1.
Encuadernado en tela, \$ 2.50.

Errico Malatesta, la vida de un anarquista.— Trad. de D. A. de Santillán. 262 págs. en 8.º, 1923, \$ 1.20.

Edición espec. papel pluma, \$ 2.—
Encuadernado en tela, \$ 3.50.

Fernand Pelloutier y el sindicalismo.— 44 págs., 1927, \$ 0.15.

Rocker Rudolf.—

Johann Most, la vida de un rebelde.— Prólogo de A. Berkman. 2 tomos de 350 páginas cada uno, precio de cada tomo \$ 1.50.

Rudenko.—

En Ucrania.— La sublevación popular y anarquista. — Trad. del ruso por J. Company, 1922, \$ 0.15.

Guillaume J.—

Miguel Bakunin.— Noticias biográficas, 42 págs., 1924, \$ 0.20.

FILOSOFIA DEL ANARQUISMO

Obras completas de Bakunin Miguel

I La Revolución Social en Francia, tomo primero. Prólogo de M. Nettlau, trad. de D. A. de Santillán. Un vol. de 329 págs., 1924.

II La revolución social en Francia.— tomo segundo, prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 287 págs., 1925.

III Consideraciones filosóficas.— Prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 350 págs., 1920.

Precio \$ 1.50 c/u.

Encuad. en tela . . . \$ 3.50 c/u.

(La serie continúa)

Malatesta Errico.—

Anarquía.— 48 págs., 1927, \$ 0.20.

En el café.— Trad. de D. A. de Santillán, prólogo de L. Fabbri, 108 págs., 1926 \$ 0.30.

Entre campesinos.— Trad. de J. Prat, 5.ª edic., 38 págs., 1925, \$ 0.15.

Kropotkin P.—

Conferencias. I.— *El Estado, su rol histórico. El Estado moderno.*— Un vol. de 146 págs., 1923, \$ 0.50.

Encuadernado en tela \$ 1.50.

Fabbri L.—

Cartas a una mujer sobre la anarquía.— Un tomo de 110 págs., 1923, \$ 0.50.

Influencias burguesas sobre el anarquismo.— 48 págs., \$ 0.20.

C. Lombroso y R. Mella.—

Los anarquistas (Estudio y réplica)— 166 págs., \$ 1.—

ANTIMILITARISMO

ANTINACIONALISMO

Bureau Internacional antimilitarista

Protocolo oficial de la conferencia celebrada del 2 al 4 de agosto de 1926 en Berlín. 8 páginas en folio, \$ 0.10.

E. Nido, R. Rocker y Nemo.—

Nacionalismo y anarquismo.— 64 págs., 1927, \$ 0.20.

UTOPIAS LIBERTARIAS

Faure Sebastián.—

El comunismo (La felicidad universal).— Un vol. de 432 págs., 1922, \$ 3.
Encuadernado en tela, \$ 3.50.

J. Dejacque.—

El Humanismo.— Un vol. de 142 páginas. Prólogo de M. Nettlau y Eliseo Reclus, 1927, \$ 0.50.

FOLLETOS DE PROPAGANDA GENERAL

E. Reclus

A mi hermano el campesino.— \$ 0.10.

Crusao Juan.—

Carta Gaucha.— 6.ª edición, 30 págs., 1924, \$ 0.10.

Abad de Santillán D.—

La jornada de seis horas.— Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. — 28 páginas, 1926, \$ 0.10.

Eudolf Rocker.—

La maldición del practicismo.— 32 págs., 1926, \$ 0.10.

Souchy Agustín.—

La Ucrania revolucionaria. (Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920). — Un vol. de 62 págs., 1922, \$ 0.30.

P. Kropotkin.—

A los jóvenes.— 28 págs., 1926, \$ 0.10.

Faure S.—

La falsa redención.— \$ 0.10.
La dictadura de la burguesía.— diez centavos el ejemplar.

Radowitzky S.—

La voz de mi conciencia.— 16 págs., \$ 0.10.

VARIOS

Certamen Internacional de "La Protesta".— 160 págs. 4.º, 1927, encuadernado en tela, \$ 2.—

Almanaque de "La Protesta" para 1927.— 160 págs. precio \$ 0.50